



J. J. VILLARREAL

EL
TERROR
DEL MAGO

Contenido

[Copyright](#)

[Dedicación](#)

[Reino de Tresden](#)

[Epígrafe](#)

[Visita nocturna](#)

[Muertos y desaparecidos](#)

[Las gemelas](#)

[Una casa maldita](#)

[Malentendidos](#)

[En el vientre](#)

[Alana Verlán](#)

[Última oportunidad](#)

[Cual fantasma](#)

[El castillo](#)

[Una visita](#)

[Puerta abierta](#)

[El oráculo del mago](#)

[Encuentro](#)

[Otros tiempos](#)

[Lo juro](#)

[La bienvenida](#)

[Quién demonios](#)

[Yo no](#)

[Maldito bastardo](#)

[Mucho qué hacer](#)

[Al lector](#)

[Libro gratis](#)

[Próximamente](#)

[Otros libros](#)

[Notes](#)

Copyright © 2026 J.J. Villarreal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor.

Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

A los que se atreven a salir

REINO DE TRESDEN



EPÍGRAFE

«POR LA VIDA de tus hijos, por la espada de tu rey, por la justicia de tu Dios y por el amor del que te ve...».

—*El libro del camino*

«No dejarás vivo al que derramare sangre inocente. Es reo de muerte, y ejecutarás la sentencia, para que vivas en paz. Yo Eluvá te lo ordeno».

—*El libro de la última esperanza*, novena profecía, cuarta sentencia. De la mano del Sexto Profeta.



1. VISITA NOCTURNA

—¿CONFESARÁS TUS PECADOS?

Una pausa.

—Lo haré la próxima semana, padre. Si está bien por usted.

—Está bien por mí —contestó el anciano sacerdote—. Con la ofrenda de incienso que trajiste será suficiente. Además, es tarde y tengo sueño. Y huele a lluvia.

Arjen miró por la ventana del templo, hacia la oscuridad afuera.

Dijo:

—Sí. Las nubes auguran tormenta.

—Deberías regresar al cuartel —dijo el padre Darió—. No querrás que te sorprenda el aguacero en el camino.

El capitán de los sabuesos lo pensó por un momento:

—Creo que me quedaré un momento más aquí, padre. Necesito el momento de quietud.

Estaban sentados en las viejas bancas de madera dentro del pequeño templo en donde el padre Darió oficiaba la veneración a Eluvá. Era aladani (es decir, el tercer día de la semana), y apenas unos minutos antes había terminado la liturgia vespertina en preparación para el festival de Consagración, que sucedía en otoño.

Cinco personas asistieron esa noche al rito, número que era relativamente común en aquellos días y en aquel sector de la ciudad, sobre todo para una ceremonia vespertina que no era de precepto.

El padre Darió, vestido con la sencilla túnica negra abotonada hasta el cuello, se movió en su lugar, haciendo crujir la madera.

—¿Han sido días difíciles, hijo?

—Meses difíciles —respondió el capitán.

—¿Cómo está el sargento? ¿Se ha recuperado ya de sus heridas?

—Lleva dos semanas desde que regresó al cuartel. Gracias por atenderlo este tiempo. Está muy agradecido.

—Que las gracias sean para Dios —respondió el anciano haciendo la señal de la veneración.

—Dice que ahora se siente con la responsabilidad de un día venir a rendir culto.

El padre sacudió la cabeza:

—Dile que no se sienta comprometido. Esa no es la razón por la que busqué su bienestar.

—Lo sé. Y también lo sabe él.

—Algún día, cuando esté listo, lo recibiremos aquí, y su ofrenda.

—Tendrá que traer la ofrenda más grande que un adorador haya traído, porque lleva años sin entrar en un templo.

El padre sonrió:

—Sabes que así no funciona, hijo mío. Una sencilla ofrenda vegetal sería más que suficiente. Como dijo el Segundo Profeta: «Traed vuestro corazón, y no vuestras ofrendas, primero al altar. Eluvá ve el corazón».

Arjen Dabidji asintió.

—¿Y tú? ¿Tus heridas? —preguntó el padre.

—Mejor. —El capitán se llevó la mano a la costilla izquierda, donde había entrado el filo de la espada de ese condenado hechicero Farrajat de Ayul. Las conversaciones con el padre Darió sobre Farrajat «el adivino» habían sido muchas y largas.

El padre escuchó con mucha atención todo lo que le dijo el capitán, haciendo preguntas y pidiendo que le repitiera algunas porciones de lo sucedido o que ahondara en algunos asuntos.

Y es que la magia escaseaba en aquellos días, al punto que Arjen siempre había creído que eran leyendas del pasado, la «Era de la Magia», como lo llamaban los cronistas. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que la realidad no era exactamente como él pensaba.

Aunque algunas veces, algunas noches, se preguntaba si su mente lo había engañado. Quizás no fue hechicería, sino algún tipo de truco barato.

Pero... la manera en que Farrajat hizo que se apagaran las antorchas, o los ojos que se volvían blancos por apenas un momento..., eso no provenía de su imaginación, ¿o sí?

Cuando Arjen le preguntó al respecto a Zark, el sargento le respondió que simplemente no recordaba haber visto que los ojos de Farrajat destellaran de blanco. Sin embargo —puntualizó el sargento—, recordaba poco de lo sucedido, pues el golpe en la cabeza, además de dejarlo aturdido, borró algunos recuerdos en su memoria.

El cuerpo de Farrajat de Ayul había sido removido por la guardia del conde (los que quedaron vivos) y, de acuerdo con el conde de Valda, su cuerpo fue incinerado.

—Gracias a Dios que te preservó la vida.

—Así es, padre. A veces me pregunto cómo es que sigo con vida. He visto tanta guerra, tanta sangre, tanta muerte...

—Un cambio de vida siempre es opción —dijo el sacerdote cuidadosamente.

El capitán esbozó una sonrisa cansada:

—No sé hacer nada más, padre. —La misma respuesta de siempre.

El padre Darió se pasó la lengua por los labios:

—¿Una vida de devoción?

—¿Yo, un monje?

—¿Y por qué no? La contemplación es una vocación sublime.

Imagínalo: pasar el resto de tus días en quietud. Conozco muy bien al abad Jarján, y su monasterio tiene una biblioteca impresionante.

Pasar el resto de mi vida leyendo. No suena tan mal.

—Tengo las manos muy manchadas de escarlata, padre.

—«La bondad de nuestro Dios alcanza hasta las nubes». —Dicho eso, el anciano se puso de pie. Agregó—: Me retiro. ¿Podrás cerrar la puerta cuando salgas? —dijo apuntando con la vista a la puerta de entrada al templo, que permanecía abierta después de la salida de los fieles.

A lo lejos se escuchó un trueno.

—Lo haré, padre.

—La lluvia viene.

—No tardaré mucho.

El sacerdote se retiró por una puerta lateral, a la derecha del altar, para ir a sus aposentos, una pequeña casa de adobe a un tiro

de piedra.

Arjen se quedó allí, sentado, con los brazos apoyados sobre el respaldo de la banca de enfrente.

Comenzó a llover, y sonó otro trueno, todavía lejano.

La tormenta se avecina, pensó.

El cuartel de la séptima zona de la Honorable Compañía de la Justicia del Rey estaba como a poco más media hora de distancia a pie. No tenía mucha prisa por llegar, pues la hora de la cena había ya pasado. Así que tendría que buscar primero alguna taberna para no dormir con el estómago vacío.

Sentía flojera y cansancio. Últimamente se sentía así. No habían logrado avanzar la investigación del asesino del tulipán. Las últimas semanas pasaron resolviendo situaciones pequeñas, excepto por una muerte que, al final, resultó ser un accidente.

Había un elemento que lo desconcertaba. Puesto que no vio el cadáver de la segunda víctima, fue al mortuario donde tendrían a la mujer, y sin embargo, su cuerpo había sido reclamado por alguna persona poderosa, pues no dejó rastro. Se llevaron el cuerpo habiendo sobornado al custodio.

El detalle que quería el capitán corroborar era si algo en el cuerpo de la mujer daba evidencia de su alcurnia: ¿una mujer de campo, o una mujer de palacio? ¿Plebeya o noble?

Al no poder corroborarlo con sus propios ojos, preguntó a los soldados que encontraron a la mujer muerta, pero eran inexpertos y no lo habían notado. Por lo tanto, dicho detalle estaba ahora perdido.

Se puso en alerta cuando escuchó a una persona entrar al vestíbulo del templo, para luego sentarse en la banca pegada a la pared de atrás.

El capitán miró por encima del hombro y alcanzó a distinguir apenas una silueta en la oscuridad, pues el candelabro sobre el altar no daba suficiente luz.

El visitante traía puesto un capote sobre su túnica y había dejado un caminito de agua debido a la lluvia.

—Ya es muy noche para venir a rezar, ¿eh, amigo? —dijo Arjen.

El hombre respondió:

—Según me han dicho, Eluvá recibe a los penitentes a toda hora.

El capitán pensó que reconocía la voz, pero no estaba del todo seguro, pues el hombre hablaba con una ronquera como de uno afectado por un resfriado.

—Eluvá sí —dijo el capitán—, pero los templos normalmente cierran por las noches. Y este está a punto de cerrar.

—¿Es así?

—Es así.

Arjen había dejado su espada en el vestíbulo, pues estaba prohibido entrar armado en suelo sagrado. Sin embargo, llevaba una daga escondida en la bota.

Porque uno nunca sabe.

No logró ver si el visitante andaba con acero en la cintura o no.

—¿Se permite fumar dentro de un templo? —preguntó la sombra—. Tengo años de no venir.

—No se permite.

—¿Me perdonará Dios si lo hago?

—¿Por qué no le preguntas mañana al sacerdote?

—Creo que eso haré. Pero en lugar de preguntarle mañana, tan solo le pediré perdón.

El hombre encendió un cerillo, y Arjen pudo verle el rostro: la barba roja bien recortada, el mechón de cabello del mismo color que le descendía por la frente y, si no fuera por la distancia, habría distinguido también los ojos verde esmeralda.

Era Ogirán de Kande, lugarteniente del fallecido don Nadalo y asesino de uno de sus hombres.

2. MUERTOS Y DESAPARECIDOS

DE KANDE CHUPÓ su pipa y exhaló el humo.

Descendía ya un aguacero que resonaba en el techo de madera. Algunas goteras caían en distintos puntos. Era un templo viejo.

Con cuidado de no delatarse, Arjen sacó la daga de la bota.

¿Estaré rodeado? Si son cinco o seis, soy hombre muerto.

—Sé lo que estás pensando, capitán —se oyó la voz del pelirrojo desde el extremo del salón rectangular.

—¿Será que, además de asesino, eres adivino?

De Kande chupó la pipa y lanzó otra bocanada larga de humo. Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Estás seguro de que no quieres fumar? Este tabaco está, uf, muy bueno. No es de Augur, pero no siempre se puede, ¿no le parece?

—Estoy bien así. —Trataba de escuchar cualquier ruido que pudiera delatar más enemigos. Los únicos dos accesos al templo eran la entrada principal y la puerta lateral por la que salió el padre Darió. Dicha puerta tenía cerrojo, pero el sacerdote no lo había echado al salir, así que alguien podría entrar por allí blandiendo acero, y entonces se vería rodeado en un lugar prácticamente sin salida, excepto por las ventanas, las cuales estaban todas cerradas excepto un par. No eran estrechas, pero tampoco amplias; no sería fácil salir por ellas. Si a eso llegaban las cosas, tendría que usar esa vía de escape.

—Yo no lo maté, capitán —dijo de Kande—. Yo no maté a tu soldado.

—Arran era un buen chaval. Y le cortaste el cuello.

No solo el cuello. La cabeza entera, maldito.

El hornillo de la pipa apenas alumbraba la barba del otro. Negó con la cabeza y dijo:

—No lo maté yo.

—La punta de tu espada estaba manchada. Yo la vi.

—No estoy diciendo que no lo haya herido. Sí, yo herí al muchacho. Pero se lo entregué vivo a Nadalo. Él lo degolló.

Arjen crujió los dientes. Le retumbaba la sangre en las orejas, le ardía la cara y sentía un cosquilleo en la piel: la ira que afloraba.

—¿Te parece si resolvemos el asunto afuera? A espada.

—¿Qué te hace pensar que encontrarás tu espada en el vestíbulo, capitán Arjen?

Maldición. Habrá escondido mi acero, el muy cobarde. Tendré que defenderme con el cuchillo.

Arjen se puso de pie y dio un paso hacia el pasillo, la daga en la mano derecha.

De Kande no se movió.

—Tranquilo, capitán, no he venido para trabar aceros.

—¿Ah, no? ¿Y qué te hace pensar que no es lo que yo quiero?

—Usted es sumamente diestro con las armas, lo he constatado. Pero soy buen espadachín. Estoy dispuesto a apostar mi espada contra su daga. Si mal me va, que no creo, por lo menos lo dejaré con alguna buena tajada en el cuerpo.

—Averigüemos, pues, si la apuesta es buena. —Dio otro paso.

De Kande, con la velocidad de un gato, ya estaba de pie y con una mano alrededor del pomo de su arma.

—¿No me escucharás, capitán? No he venido para matarte. He venido para hablar. Si quisiera matarte, habría venido con cinco o seis.

—¿Vienes solo?

—Completamente solo, capitán sabueso.

¿Será cierto? ¿O me engaña?

—¿Y qué demonios querías hablar conmigo? —dijo Arjen.

—Hay una taberna cercana, el Marinero Cansado. ¿La conoces?

—La conozco.

—Yo invito el aguardiente y el pan con tocino.

—De repente perdí las ganas de partir el pan con un enemigo.

—Maldita sea, capitán. ¡Ya basta! —dijo exasperado—. Yo también he arriesgado mi vida al venir. Si he venido, y lo he hecho

en paz, es porque tengo algo que decir.

El capitán de los sabuesos lo pensó. Era cierto que, si quería matarlo, habría venido con más personas. También, de querer enviarlo al viaje eterno, el pelirrojo se habría evitado tantos preludios.

—Habla, pues.

—Vayamos a la taberna antes de que nos caiga la tormenta.

—Habla, y decidiré si te acompaño o si aquí se bifurcan nuestros caminos.

De Kande se acarició la barba. Era un hombre apuesto y, si bien se veía un poco más delgado que la última vez, seguía siendo fuerte.

—Está bien, capitán. Te lo diré aquí, aunque el tema que traigo no es uno para tratar en suelo santo.

—¿Ahora resulta que eres un devoto de la Santa Fe?

—La cuestión es de una muerte y una desaparición. Sé que la muerte es tu especialidad, ¿no?

—Esclarecerla, sobre todo.

—Bien. Hay una persona para quien trabajo de cuando en cuando, un hombre poderoso. Tiene muchos hijos. Entre ellos, dos hijas gemelas, de unos veinticinco años de edad. Una está muerta y la otra desaparecida.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo?

—Quiero que me ayudes a encontrar a la desaparecida.

El capitán agitó la cabeza:

—Lleva el caso con la guardia.

—Imposible. Mi patrón no lo permitiría. No confía en la guardia.

—Entonces trae tu caso al cuartel de los sabuesos.

—No, capitán. Esto se tiene que tratar con discreción. Por eso he venido personalmente para hablar contigo.

—Pues lamento que te hayas tomado la molestia. Si quieres que investigue la desaparición, te espero mañana en el cuartel junto con mi comandante.

—No creo que sea necesario. Pienso que te interesará el «caso». Así le dicen ustedes, ¿no? «Casos».

—¿Y por qué me va a interesar?

—Porque he escuchado por ahí, ya sabes que las lenguas se sueltan de repente, que tú y el sargento andan buscando a un asesino en particular.

Arjen entrecerró los ojos:

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que una de las gemelas, la que encontraron muerta, la hallaron en una casa abandonada, con un tulipán negro entre las manos.

3. LAS GEMELAS

SE DIRIGIERON HACIA la taberna con la condición de que Ogirán de Kande caminara un par de pasos por delante del capitán.

El pelirrojo accedió.

Así que, habiéndose abrochado la espada al cinto (que seguía en el vestíbulo), y con la capa arrebujaada y la capucha bien puesta, salieron a la lluvia afuera.

Maldición, ya está arreciando, pensó mientras andaban.

Por fortuna el mesón con taberna estaba cerca, y cuando llegaron el posadero terminaba de encender un fuego en la chimenea. Dieron dos pasos adentro y el hombre los miró con expresión de asombro, pues no esperaba comensales a inicios de una tormenta.

Se acercó a ellos y dijo:

—Eh..., ¿se les ofrece algo, mis señores? ¿Un cuarto? Tengo uno solo disponible, pequeño, pero si no les importa que...

—¿Tienes todavía el horno encendido? —preguntó de Kande.

—Sí. Mi mujer acaba de terminar de hacer la cena para mi familia. Puedo ofrecerles jamón, pan caliente con tocino, y vino.

El pelirrojo le pidió unos panes con tocino y una jarra del mejor vino que tuviera.

—Donde tú prefieras, capitán —dijo de Kande en referencia a dónde sentarse.

—Pues aquí me parece bastante bien —apuntó a una mesa no tan lejos de la puerta de salida, pero suficientemente cerca del fuego para sentir el calor.

El espadachín pelirrojo dijo que sí con la cabeza, y tomaron asiento, Arjen más cerca de la salida.

De Kande, para ser un enemigo, se veía bastante relajado.

Miró el capitán con esos ojos esmeralda:

—No hay nada que pueda hacer para convencerte de que yo no maté a tu camarada.

—Ciertamente.

—Pero soy un hombre de palabra. No me importa si me crees o no. No tengo pensado sacar la espada esta noche, por lo menos no para usarla contigo. Así que si tú quieres matarme, tendrás que hacerlo así, conmigo desarmado.

El capitán se rascó por debajo de la nariz:

—No lo haré. Habrá tiempo para emparejarnos con respecto a nuestros asuntos del pasado.

—Bien. ¿Mantendremos la paz por ahora, entonces?

—Está bien.

—¿Me tenderás la mano? —dijo de Kande extendiendo la diestra.

Arjen lo pensó. Dijo:

—No significa que nunca nos arreglaremos. Significa que después.

—Así es. Después.

Arjen la estrechó.

—Bien —dijo el espadachín—. Sé que eres hombre de palabra, así que confío.

El tabernero trajo la jarra de vino y un par de copas de cerámica. De Kande sirvió y le dio un buen sorbo a su vaso.

—Nada mal —dijo, lamiéndose los labios.

El capitán hizo lo mismo, pero más moderado con su sorbo. Tenía hambre y sed, mucha sed, pero necesitaba la cabeza bien concentrada. De Kande podía verse muy tranquilo, sí, pero el capitán sabía perfectamente bien qué tipo de persona era: un espadachín a sueldo, un astuto matón, una comadreja humana.

Trajeron la comida. Inmediatamente el pelirrojo se puso a comer sin decir nada. El capitán tomó un pedazo de pan y tocino, y se lo echó a la boca.

Vaya que la noche había cambiado de rumbo. A esta hora ya estaría a medio camino del cuartel, para luego dormir un poco. Aunque todavía no era tan de noche, debía ser apenas la mitad de la primera vigilia; sin embargo, las nubes oscuras aparentaban como si fuera mucho más tarde.

Al terminar de comer, el espadachín pelirrojo rellenó su tercer vaso y pidió otra jarra de vino, aunque Arjen apenas terminaba su primera servida.

De Kande sacó su pipa, una bolsita con tabaco y la cajita de cerillos. Rellenó el hornillo y, antes de encenderlo, dijo:

—¿Tabaco?

Esta vez, el capitán accedió. Mientras llenaba su propia pipa, le llegó el aroma del tabaco, que tenía un ligero toque dulce, como a manzana. La encendió con un cerillo ofrecido también por el espadachín, y pronto ambos echaban bocanadas de humo.

Afuera, el aire silbaba y la lluvia pegaba fuerte contra los postigos de las ventanas de madera, que vibraban y dejaban entrar un poco de agua.

—¿Cómo sabes del tulipán? —dijo Arjen.

De Kande se pasó la lengua por los dientes y luego la uña del índice, quitándose un pedazo de comida atorado.

—Si te digo, ¿me darás información?

—¿Sobre qué? —preguntó el capitán.

—Sobre las muertes. Sobre el asesino.

Arjen negó con la cabeza:

—No puedo compartir eso, no contigo. Es una investigación en curso.

—Sin embargo, si queremos colaborar juntos, tendremos que confiar el uno en el otro. Sobre todo para encontrar a la mujer perdida.

—Escucha, de Kande. No somos colaboradores. No confío en ti. Pero estoy dispuesto a ignorar mi deseo de perforarte las costillas con tal de saber más sobre la situación que me has dicho. Así que si no quieres que me largue de aquí pronto, comienza a dar detalles.

De Kande se encogió de hombros:

—Está bien. La cuestión es así como lo dije. Una mujer muerta, con un tulipán entre las manos. Su hermana, desaparecida.

—Dijiste que son hijas de un hombre para quien trabajas.

—Así es.

—¿Quién es ese hombre?

—El marqués de Layún. ¿Lo conoces?

—Algo —respondió Arjen, arrugando la frente.

—Pues él te conoce a ti. Dice que pelearon juntos.

—Lo ayudé en la guerra a defender sus territorios en la marca, cerca del Canal.

Un hombre valiente, se dijo Arjen. Daner de Layún era el tipo de noble que había peleado hombro con hombro junto a sus soldados. Diestro con la espada, también. Arjen lo vio matar a muchos ragidianos. Había sido una guerra sin piedad, sobre todo en los últimos años de ella. Al marqués no le gustaba tomar prisioneros. Cuando capturaban al enemigo, los encerraban en alguna bodega, rociaban alrededor aceite y pólvora, y...

—Sí, algo así me dijo el marqués —dijo de Kande, el humo envolviéndole el rostro—. Me contó algunas historias, cuando estaba pasado de copas. Algunas de las cosas que hicieron. Algunas cosas que hiciste.

—Tiempos de guerra —comentó Arjen, serio.

El pelirrojo esbozó una mueca:

—Por supuesto. —Hizo una pausa, luego agregó—: Quizá ya sepas que el marqués lleva casi cinco años viviendo en Tresden.

Arjen levantó las cejas:

—No lo sabía. ¿Dejó su castillo?

—Bueno, se mudó de un castillo a otro. Dejó a su hijo en la marca, su hijo mayor, que aparentemente es un gran líder.

Un perfecto idiota y cobarde, recordó.

—El marqués ahora reside en el castillo de Ikse, como a dos millas al sureste del castillo real.

—Me sorprende que haya dejado sus tierras.

—Bueno. No soy quién para decirlo, pero muchas de esas tierras las vendió. Pero la razón para venirse a Tresden, por lo que entiendo, es que el rey mismo, que viva para siempre, le pidió ser parte de la corte.

—¿Consejero real?

—Asimismo. Así que vive en el castillo de Ikse junto con varios miembros de su familia.

—Incluyendo las dos hijas.

—Sí, las gemelas. Binada y Vainán. La primera es la que encontramos muerta, la segunda está perdida.

—¿Dónde encontraron a la muerta, y cuándo?

—Hace diez días las dos salieron por la noche y no regresaron. Al principio eso no causó alarma, pues las dos jovencitas son..., ¿cómo decirlo...?, les gusta la vida nocturna. Eso ha causado tremendo dolor de cabeza al marqués, pero puesto que son jóvenes, es difícil domarlas, si me entiendes, capitán.

Arjen no contestó.

—Pues bien —continuó—, no regresaron tampoco el segundo día. Para el tercero, el marqués tenía a todos sus siervos buscándolas, sin éxito. Al cuarto día, me habló a mí. Yo conozco la ciudad como pocos, así que finalmente di con el cuerpo de Binada. Había sido encontrado por una sargento que, interesadamente, dijo que era la segunda vez que ella se enteraba de una víctima con un tulipán entre las manos.

—¿Sargento, dices?

—Sí. Y muy capaz. Ella, casi solita ha estado investigando sobre el asunto.

—¿Su nombre?

—Se llama... hmm... Verlán, me parece. Rubia, joven, un ojo café y otro azul. Hermosa.

Alana Verlán, pensó Arjen. Era ella quien había encontrado el cuerpo de Elric Arbanda, maestre atalaya asesinado —precisamente— por el antiguo jefe de Ogirán de Kande. No solo eso, sino que le debían a ella la vida, en parte. Era la sargento quien reclutó a varios soldados aquella noche en la que pelearon contra Nadalo y sus hombres.

Le sorprendía que la sargento Verlán hubiera colaborado con de Kande. Aunque ahora que lo pensaba bien, no estaba completamente seguro si ella lo vio aquella noche. Quizás no.

—Aunque la sargento no me dio mucha información —dijo el espadachín—, fue suficiente para que yo investigara por mi propia cuenta. Tengo contactos, además de dinero, gracias al marqués. Me costó una pequeña fortuna en sobornos, pero fui trazando una historia. Fue allí que salió tu nombre, capitán.

—¿Mi nombre?

—Sí. Eres tú, junto con tu sargento, los que han estado involucrados en por lo menos dos casos de muertes de mujeres que son encontradas con una flor negra entre las manos. ¿Cierto?

Arjen no respondió.

—Pues bien —continuó de Kande—. El marqués está dispuesto a pagar una enorme suma de dinero por encontrar a su hija con vida, la que está desaparecida. Y si logramos encontrar al responsable de la muerte de su otra hija gemela, y si traemos al asesino con vida al marqués, está dispuesto a pagar mucha plata.

—¿Llevar con vida al responsable al castillo del marqués? ¿Para qué?

—Para que él haga lo que quiera con ese degenerado.

—Ya veo. —El capitán tomó la copa y se terminó el vino. La regresó a la mesa y se quedó pensativo. Se acercó el tabernero para ver si querían un poco más de comida, pero le dijeron que no.

—¿Y qué sigue, entonces? —preguntó el capitán—. ¿Qué plan tienes?

—No estoy seguro. La gemela desapareció, y no tengo ninguna pista. No sé dónde buscarla. Así que soy todo oídos.

—Pues hay dos cosas que inmediatamente se me vienen a la mente. Primero, quiero ver el lugar donde encontraron el cadáver.

—Hecho. ¿Y lo segundo?

—Quiero ver el cadáver.

4. UNA CASA MALDITA

—ANTES DE IR a la zona del crimen, pasaré por el cuartel —dijo Arjen.

—¿El cuartel de la Compañía? —preguntó de Kande mientras sacaba de su bolsillo unos cuartos de cobre para pagar la comida.

—Así es. Será bueno que el sargento Zark nos acompañe. Él está allí.

—No hay tiempo, capitán. La tormenta nos encontrará y el tiempo apremia. Podríamos quedar varados en algún lugar.

—De todas maneras iremos.

—El río no nos dejará llegar —dijo de Kande poniéndose de pie.

Tenía razón. Desde donde estaban, la única manera de llegar al cuartel rápidamente era atravesando un viejo puente de madera sobre el río Naret, cuyo cauce descendía desde el lago de Argalón.

Salieron en dirección noroeste, con la lluvia cayendo a torrentes y dificultando no solo el caminar, sino también la vista. Los callejones se convertían en pequeños ríos, y aquellas calles que no estaban adoquinadas eran intransitables por el lodo.

Tomaron vías alternas, pero al llegar al puente, era imposible cruzar.

—Se va a caer —dijo el pelirrojo—. Ese puente tembeque no sobrevivirá más de media hora.

Arjen maldijo para sus adentros. Podían arriesgarse e intentar atravesarlo, pero era peligroso. Si el río se los llevaba, probablemente morirían.

—Podemos intentar con el siguiente puente, al norte, pero será lo mismo —dijo de Kande—. Y el que le sigue, el de piedra, está demasiado lejos. Perderemos mucho tiempo.

De nuevo, el espadachín tenía razón.

—Está bien —dijo el capitán—. Llévame a la zona del crimen.

El lugar al que se dirigían, según el espadachín pelirrojo, estaba como a un cuarto de milla.

El barrio donde encontraron muerta a la gemela le llamaban «del Ojo», debido a un ojo de agua que hasta entonces seguía proveyendo agua a la comunidad cercana. Era un barrio bajo; sin embargo, tenía la particularidad de estar adjunto a un sector rico de la ciudad. El contraste era notable y característico de la capital del reino. De un lado, edificios grandes, templos hermosos y casas de arquitectura elegante. Del otro, los barracones de los más desafortunados, con sus callejones malolientes e infestados de ratas. Lo que dividía un sector del otro era el acueducto.

Por la gracia de Eluvá, la lluvia aminoró en fuerza, aunque no cesó. Eso les permitió avanzar. Llegaron entonces al barrio del Ojo, asentado al oeste del río Naret.

Las calles estaban prácticamente vacías, excepto por algunos que se apresuraban a llegar a sus casas antes de que la tormenta arreciara.

Entraron al barrio y caminaron por las calles angostas y oscuras. Arjen iba alerta. Este era el tipo de lugar que en cualquier otra circunstancia sería muy peligroso. Solo los locales entraban, y cualquier forastero sería visto no solo con sospecha, sino como una amenaza, en especial un soldado vestido con las túnicas sombrías de los sabuesos del rey.

—Es allí —apuntó de Kande.

—Vaya, no me esperaba eso.

Una mansión antigua se alzaba ante ellos, de piedra y en ruinas. El techo hundido, los muros resquebrajados. Donde antes hubo una puerta imponente, quedaba un hueco negro que al capitán le pareció la boca de un monstruo titánico.

Entraron, agradecidos de ya no tener el aguacero encima. Estaban en el vestíbulo principal, que daba impresión de ser amplio, pero la oscuridad no les permitía ver.

—¿Tienes luz? —preguntó el espadachín.

De un bolsillo interior Arjen sacó un pequeño estuche de cuero donde guardaba varias velas, además del pedernal y yesca.

Momentos después, usó la vela encendida para iluminar a su alrededor.

Efectivamente, un vestíbulo grande, con unas escaleras anchas que daban hacia la segunda planta. Encima de ellos un candelabro oxidado y torcido, todavía sujeto por una gruesa cadena. Del techo de madera caían goteras por todos lados. Además de eso, el lugar estaba completamente vacío y saqueado.

—Habrá muchos vagabundos viviendo aquí —murmuró Arjen.

—No, está abandonada.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque está maldita —afirmó de Kande, como si nada.

—No me digas.

—Ya sabes, una leyenda urbana, muy famosa en este condado. ¿Nunca la has escuchado? La maldición de la Casa Caladán.

—Nunca.

El pelirrojo miró las paredes alrededor, como esperando que ellas, mudos testigos, hablaran.

—Generaciones atrás aquí vivió el barón Sargasan Caladán con su esposa y tres niños, los tres varones. No recuerdo sus edades, pero todos pequeños. El barón construyó la casa cuando este barrio aún era habitado por gente acomodada, sobre todo familias mercantes y dueños de negocios de pesca.

—Tiene sentido. El lago de Argalón está cerca.

—Y por lo que escucho, en aquel tiempo era un sector hermoso de la ciudad, no la pocilga que es hoy. Pues bien, una noche en el tiempo de la fiesta de la Revelación, el barón dio permiso a la servidumbre para que fueran al templo más cercano a llevar sus ofrendas. Y cuando regresaron...

—Estaban muertos —dijo el capitán.

—Sí... ¿cómo lo supiste?

Arjen se encogió de hombros:

—No es tan difícil de adivinar.

—Supongo que tienes razón, capitán. Sí, los encontraron sin vida. De hecho, solo encontraron sus cabezas, en la biblioteca, sobre una mesa central: la cabeza del padre, la madre y los tres niños.

—¿No encontraron los cuerpos?

—Los encontraron después. Habían sido arrojados a la noria del patio.

—¿Se halló a los culpables? Imagino fueron varios, por el tipo de crimen.

—Siempre hubo sospechas. Apparently el barón Caladán se encontraba enfrascado en una feroz riña con un contrabandista y líder de una banda de ladrones. Dicen que ese bandido lo mandó matar y que, de hecho, ordenó degollar primero a los hijos frente a él, después a su esposa, y al barón al final.

Quisiera decir que eso me sorprende, pensó Arjen. Pero la verdad es que no. He visto eso e incluso cosas peores. Este mundo, a veces pienso, ha sido olvidado por Eluvá.

—Desde entonces surgió una leyenda que se fue pasando de boca en boca: que la casa estaba maldita porque en este terreno había vivido una bruja a la cual despojaron de su casa para construir la mansión. Supuestamente ella maldijo al barón y a su familia.

—¿Y desde entonces ha estado abandonada?

—La han habitado un par de veces, pero siempre terminan yéndose de aquí. Algunos dicen que, por las noches, se pueden escuchar los gritos de los tres niños, los cuales van guardando silencio uno por uno, como si les estuvieran cortando el cuello. La maldición de la casa es una de las razones por las que este lugar se fue convirtiendo en lo que ahora es. Los habitantes del barrio se fueron largando. Y otros llegaron en su lugar. —De Kande miró al capitán—. ¿Crees en las maldiciones, capitán Dabidji?

Ya ni siquiera sé lo que creo.

—Creo más en la maldad humana que en las maldiciones demoníacas —respondió.

—Yo no creo en nada de eso. ¿Ángeles? ¿Demonios? Nunca he visto uno. Creeré cuando lo vea.

—¿Dónde encontraron el cadáver? ¿Aquí?

—No —dijo el espadachín—. En la biblioteca.

—Por supuesto. Vamos, entonces.

5. MALENTENDIDOS

ANTES DE IR hacia la biblioteca, de Kande encendió una vela propia usando el fuego de la que tenía Arjen.

Para llegar a esa habitación tomaron un pasillo a la izquierda de la gran escalera, doblando hacia la derecha y pasando un par de umbrales cuyas habitaciones permanecían en la oscuridad, hasta llegar al fondo. Entraron.

Indudablemente había sido un salón espléndido. Rectangular, con un techo elevado y todas las paredes, desde el piso hasta el techo, cubiertas de libreros de madera que todavía sostenían cientos de libros. Las repisas estaban ahora llenas de polvo, telarañas, e incluso hongos.

—Se llevaron todo menos los libros —dijo el capitán.

—Probablemente habrán robado algunas copias, las fáciles de revender.

Arjen se acercó a una repisa y examinó el lomo de los códices.

—Aquí todavía hay tesoros —dijo—. Cientos de escudos¹ en libros. No dudo que esta biblioteca valga más que mucho de lo otro que se robaron.

El espadachín se encogió de hombros:

—Entre robar un códice y robar una alhaja de oro, cualquiera escogería lo último, ¿no?

—Un comentario sobre nuestra sociedad, sin duda.

—¿Tú qué habrías hecho, capitán?

—Yo sería feliz con una biblioteca así. ¡Tantos libros! Tanto conocimiento, tan poco tiempo para leer —se lamentó.

—Pues mira, aquí tienes una biblioteca gratuita. Un milagro que estos libros no hayan terminado incendiados o completamente inservibles por la humedad. Quizás seas tú quien los salve de su inevitable destrucción.

—Quizás...

En medio de la biblioteca había una mesa de madera grande, rectangular, pesada. Su anchura era tal que no cabía por la puerta; había tenido que ser armada dentro. Alguien intentó convertirla en leña, porque uno de los extremos estaba medio destrozado a hachazos, pero el leñador se dio por vencido debido a la dureza de la madera.

—¿Aquí fue? —preguntó el capitán—. ¿Donde estaba la víctima?

—Sí, allí, encima de la mesa.

—¿Tú la viste?

—No, de hecho yo...

El capitán percibió demasiado tarde la sombra que avanzaba sobre ellos.

Alcanzó a dar un salto para alejarse del posible asaltante y, cuando desenvainó su espada y alargó la mano que sostenía la vela, la luz reveló el semblante sorprendido de Ogirán de Kande: una sombra detrás de él le había puesto el filo de una daga en el cuello, mientras decía:

—Si te mueves, te cortaré el pescuezo.

Arjen no distinguía la cara del asaltante porque tenía la capucha de la capa puesta. Además, en su sorpresa, de Kande soltó su vela, la cual se apagó en el suelo.

El espadachín pelirrojo alzó las palmas con los dedos extendidos:

—Tranquilo, amigo.

—Cierra el hocico —le respondió la sombra—, o te mataré. Por Eluvá.

El capitán dio un medio paso en dirección a ellos, pero se detuvo cuando el atacante siseó:

—¡Alto, o lo degüello!

—Por mí, adelante —dijo el capitán—. Me harías un favor.

—¿Te crees muy gracioso? ¡Lo haré! Y después te mataré a ti.

—Hazlo. Mátao.

—¡Hey, hey, hey! —dijo de Kande, cuya cara se había vuelto pálida. Por primera vez, Arjen notó verdadero miedo en los ojos del pelirrojo.

—Hagamos todos una pausa —continuó el espadachín, con la voz ronca—. Ni siquiera sé quién eres, ni por qué me quieres cortar el cuello.

—Te lo dije, malnacido, que si te volvía a ver, te clavaría la espada en los riñones. Pues aquí estás, y aquí estoy. Y puesto que soy mujer de palabra...

—¡Ah! Sargento Verlán —dijo de Kande.

—Así es. ¿No fui clara contigo? Te lo advertí.

—Yo no vine a buscarte.

—Eso no importa.

Arjen, sonriendo, envainó la espada y se dirigió a de Kande:

—¿No me dijiste que la sargento te dio la información sobre el asesinato?

—Eso dije. Pero nunca afirmé que me lo dijo ella misma, o por su propia voluntad.

—Olvidaste decirme esa parte.

—Digamos que seleccioné qué decir.

—¡Cierren la boca, si no...! —gritó la sargento. Mirando al capitán, añadió—: Y tú ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Nos conocemos. Soy el capitán Dabidji.

Una pausa.

—¿El capitán... de los sabuesos?

Arjen acercó la luz a su rostro:

—El mismo.

—Por los Siete Profetas —dijo ella—, juro que no lo reconocí, capitán. La oscuridad era tal que no pude distinguir bien. Pero ¿por qué...? ¿Qué hace usted con...?

—El capitán Dabidji y yo estamos trabajando juntos —dijo rápidamente el espadachín pelirrojo.

—Vuelve a decir eso, de Kande, y le daré a la sargento la orden de decapitarte.

—Yo solo decía...

—¡Cállate! —le gritó la sargento dándole una fuerte palmada en la sien. El golpe sonó fuerte y seco.

—Maldi... —murmuró de Kande, pero pensándolo mejor, guardó silencio.

—Y dime, sargento, ¿por qué quieres deshacerte de él? — preguntó el capitán.

—Precisamente por eso. Para deshacerme de él. Me ha estado pisando los talones, espiándome y, lo peor de todo, sobornó a uno de mis cabos para que le diera información confidencial.

—No fue soborno, solamente un incentivo.

—Escúchame, pedazo de gusano —le dijo ella entre dientes—. El cabo Rulande es un perfecto hijo de Doriatán. Si fuera por mí, lo mandaría al calabozo por corrupto.

—Si tan solo me permites, sargento, te puedo explicar la situación —dijo el espadachín—. Cuando sepas quién es la persona que me emplea, lo entenderás todo.

—A menos que sea el mismísimo rey Aiván, viva para siempre, me interesa un bleo.

—¿Y si fuera un noble? —insistió el pelirrojo—. ¿Si fuera el mismísimo padre de la víctima, el marqués de Layún?

La sargento guardó silencio, y su postura se suavizó casi imperceptiblemente.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella.

—¡Por supuesto que lo es!

—No te pregunto a ti, perro. Le pregunto al capitán.

Arjen se encogió de hombros:

—No me consta. Puede ser que mienta. Pero si insistes, mi tripa me dice que está diciendo la verdad. Pero si lo matas, por mí está bien. Me harías un favor. Si lo dejas con vida, quizás tenga algo que aportar. Lo que decidas, está bien.

Ella se quedó pensando.

Gotas de sudor descendían por la cara del espadachín pelirrojo, que miraba al capitán con unos ojos que mezclaban una petición de clemencia con una intensa rabia.

Finalmente, ella lo soltó y lo empujó hacia adelante. Cuando de Kande se dio la vuelta, ella lo apuntaba con la daga.

—Espero que me des una excusa para clavártela en el corazón.

La cara pálida del pelirrojo estaba ahora roja de ira. Sin embargo, respiró hondo, se controló y esbozó una sonrisa que más bien parecía la mueca de un cráneo.

—Todo esto no es más que un malentendido —dijo, palpándose el cuello, asegurándose de que no había sido herido.

—¿Un malentendido, eh? —dijo ella—. Sé quién eres, de Kande. Eres un mercenario, un vendido, un espadachín a sueldo, una rata asquerosa.

—Acepto todas las designaciones, excepto la última. No hay razón para ofender.

—Tienes razón —continuó ella—. Eso fue demasiado ofensivo. Ofensivo para las ratas.

Me caía bien, ahora me cae mejor, pensó Arjen.

—Sargento, si me permites, la situación es así. El marqués me contrató para encontrar a su hija perdida. Eso es todo. Cuando la encontremos no volverás a verme el resto de tu vida.

—Bendito será ese día —dijo ella.

—La razón por la que estamos aquí, en medio de esta maldita tormenta de los mil demonios, es porque el capitán me lo pidió. Quería ver el lugar donde la encontraron. Jamás hubiera imaginado que tú estarías aquí, mucho menos en medio de semejante tempestad.

—¿Y por qué no? Es tan solo lluvia.

—Es una *tormenta*.

—Es lluvia. ¿Qué, no te gusta mojarte, rojizo?

De Kande sacudió la cabeza, exasperado. Se dirigió al capitán:

—Pues aquí estamos. Allí la encontraron —apuntó—. Y mira la casualidad: la persona que nos puede dar más información está aquí. Así que, si les parece bien, yo me iré a aquella esquina y dejaré que ustedes conversen.

—Te quedarás aquí, donde te veamos —dijo el capitán.

El espadachín hizo una mueca de satisfacción:

—Mejor para mí. Prefiero escuchar.

—De todas maneras ibas a hacerlo —respondió el capitán.

Hubo un momento de silencio incómodo. A lo lejos, un trueno.

—Sargento —le dijo el capitán a Alana Verlán—, imagino que viniste buscando algo.

—Sí —respondió, mirando al pelirrojo con sospecha. Finalmente añadió, aunque más para sí misma—: Cuando encontramos a la

mujer aquí, muerta, todo el tiempo que la inspeccionamos tuve un extraño sentimiento. Como si alguien me observara. Era ridículo, pues ocho soldados anduvimos aquí. Sin embargo, cuando retiramos el cuerpo y nos fuimos, no podía quitarme esa impresión. Entonces tuve una corazonada. Fui al salón concejal y, aunque busqué por largo tiempo, finalmente encontré los planos originales de la construcción de esta casa.

—Interesante —dijo Arjen—. ¿Encontraste algo?

—Puede ser.

—¿Qué hallaste? —preguntó de Kande.

Ella ni siquiera lo volteó a ver.

—Encontré que hay una habitación secreta en este lugar, en la biblioteca. Así que vine para ver si, de pura casualidad, alguien nos podía haber estado vigilando mientras inspeccionábamos el cadáver.

—Vaya —dijo el capitán—. Pudiera ser. El cabo que encontró a una de las mujeres con el tulipán entre las manos mencionó que el asesino estaba cerca. Asumimos que la razón era que huía del lugar, pero quizás, más bien, tenía la esperanza de vigilar desde lejos.

—¿Y dónde estaba ese lugar secreto? ¿En qué parte de la biblioteca? —intervino de Kande.

La sargento sacó un pedazo de pergamino de su túnica. De Kande recogió su vela del suelo y la encendió.

—Copié un pedazo del plano aquí. —Lo extendió sobre la mesa, examinándolo a la luz de la vela que acercó Arjen—. Si entiendo correctamente, el pasadizo secreto estaría allí. —Apuntó a la esquina derecha de la biblioteca.

En ese momento escucharon algo: un sonido que provenía desde ese lugar.

Eran pasos alejándose rápidamente.

6. EN EL VIENTRE

LOS TRES DESENVAINARON sus espadas por instinto y corrieron hacia el rincón de donde provino el ruido.

Al acercarse, Arjen dijo:

—Con cuidado.

Es verdad que habían escuchado pasos que se alejaban, pero no sabían si eran espiados por una o más personas, ni qué tipo de armas tenían. Una flecha en la oscuridad podía acertarles.

—¿Dónde estará el pasadizo? —dijo de Kande.

—Atrás del librero, seguramente —respondió la sargento.

Con dolor por tener que hacerlo, Arjen empezó a tirar códigos al suelo, pensando que quizás descubrirían un librero falso.

Pero no fue así.

Detrás de las repisas de madera había pared.

—Aquí no hay nada —dijo el capitán.

—¡Momento! —dijo Alana, quien junto con el espadachín pelirrojo lanzaba tomos al suelo rápida e indiscriminadamente. Metió la mano entre un par de libros—. Esto es... parece una polea.

Se escuchó un *tlic*, y una sección del librero se movió un par de pulgadas hacia afuera.

Una puerta secreta.

La sargento abrió el portal hacia el pasadizo, con la espada lista. De Kande y Arjen alumbraron hacia el frente, revelando un pasillo angosto, largo y vacío.

—Andando —dijo el capitán.

—Yo revisaré las puertas de salida, para que no se nos escape —dijo de Kande. Antes de que nadie pudiera objetar, el espadachín salió corriendo hacia la entrada de la biblioteca, en la esquina opuesta.

Maldita sea. Solo espero no lamentar perderlo de vista.

Antes de entrar, la sargento sacó una palmatoria con anillo y una vela algo gruesa y más larga que la que tenía el capitán. La encendió con su ayuda.

Entonces entraron al pasillo, primero él y ella detrás.

—Tenía yo razón —murmuró Alana mientras avanzaban—.

Alguien nos espiaba.

Aunque no se tomaron el tiempo para verificar, no le quedaba duda de que la puerta secreta tuviera alguna mirilla.

—El maldito asesino nos veía todo el tiempo —continuó ella.

—Pero ¿qué hacía aquí? —dijo el capitán en voz baja.

—¿Cómo?

—Es decir, estamos en medio de una tormenta. ¿Cómo pudo haber estado aquí? ¿Cómo supo que veníamos?

—Buena pregunta, capitán.

—¿Alguien te siguió?

—No lo sé... Demonios infernales, pudiera ser. Con semejante torrente no fui muy cuidadosa.

—Yo tampoco. Alguien pudo habernos seguido.

—¿Y si fuera un compinche de ese maldito pelirrojo? No dudaría que todo esto fuera obra de él.

—Pudiera ser...

Sí, podía ser. De Kande, aunque joven, era en realidad como un viejo zorro. Era posible que tuviera un segundo compañero que desde lejos vigilara la situación en caso de que el espadachín necesitara ayuda.

Pero su tripa le decía que no. Que se trataba de alguien más. El semblante del pelirrojo había sido de sorpresa, y le parecía genuina. Aunque quizá era un buen actor.

Si se trataba de otra persona, ¿quién podía ser?

El asesino del tulipán. Sintió un escalofrío. De ser así, ese maldito hijo del infierno no solo era más astuto de lo que pensaba, sino bastante atrevido.

Llegaron al final del pasillo, que ahora doblaba hacia la derecha. Siguieron el corredor, que se hizo más angosto por unos diez pasos y, de nuevo, llegaron a un tope. Esta vez tenían dos opciones: seguir

a la izquierda o subir unos escalones incrustados en la pared que ascendían verticalmente, perdiéndose en la oscuridad.

—Tendremos que dividirnos —dijo el capitán.

—Yo puedo subir —dijo ella—. Soy más ligera.

—Está bien.

La sargento Verlán envainó la espada y subió. No era fácil, pues en la mano izquierda llevaba la palmatoria y la vela encendida. Sin embargo, ascendió con la agilidad de su juventud.

Qué daría yo por tener veinte años otra vez.

—Suenan la alarma si te encuentras con alguien.

—Lo haré, capitán.

Arjen reanudó la marcha por el pasillo que, después de unos treinta pasos, descendía por unos escalones de piedra muy angostos que, imaginaba, bajaban hacia el corazón de la tierra, por debajo de la mansión. Los últimos peldaños eran de madera. El último crujió, un sonido suave que, en ese silencio, sonó demasiado fuerte.

El capitán descendió a un aire más frío, espeso, cargado de humedad. La luz de su vela apenas alcanzaba a desgarrar la oscuridad. El techo bajo era sostenido por vigas ennegrecidas y muros cubiertos de hongo. El olor era una mezcla de vino rancio, madera podrida y un dejo metálico imposible de identificar.

El vientre de la mansión.

Para su sorpresa, no estaba saqueado. Ese sótano había logrado de alguna manera evadir a los ladrones.

Barriles antiguos, hinchados por la humedad. Cajas selladas. Cajones rotos de los que asomaban platos de barro agrietados y copas de vidrio soplado, cubiertas por una capa gruesa de polvo.

Más adentro, sobre una repisa carcomida, descansaban vasijas de arcilla cubiertas de moho verde, cuencos volcados y cántaros que habían dejado marcas circulares en la piedra. Un saco deshecho, que alguna vez guardó trigo, era ahora solo un montón de fibras y polvo.

Entonces vio las huellas: pisadas recientes en la tierra, demasiado definidas para pertenecer a un sirviente muerto hacía décadas.

La bodega estaba abandonada... pero no estaba sola.

—Muéstrate —dijo el capitán—. Sé que estás aquí.

En respuesta, solo silencio.

Dio varios pasos hacia el medio del lugar, buscando alguna puerta de salida. Allá, al fondo, a unos diez pasos de distancia, percibió una puerta de hierro, ancha y cerrada, aunque no lograba distinguir si tenía algún candado o barrote puesto.

No veía alguna otra salida.

—Muéstrate, dije, en el nombre del rey.

A su izquierda escuchó el chispear de un pedernal, y luego una luz emanó de detrás de un librero viejo.

Entonces, la silueta de un hombre.

Era alto, más que el capitán, lo cual no coincidía con la información recabada. Sin embargo, el cabo que lo había visto afuera de la segunda zona del crimen podía haberse equivocado, pues lo vio a lo lejos.

Llevaba puesto sobre el pecho de barril un gabán largo de paño negro, cerrado con botones del mismo color. Dicho manto iba ceñido al cuerpo, pesado, elegante. La prenda tenía un collar de diseño especial que subía sobre los hombros y le cubría la mitad de la cara, hasta la nariz. Además, le cubría la cabeza un sombrero de tres picos con una pluma que parecía azul, por lo que apenas se le notaban los ojos. Blandía una espada larga de cazoleta plateada.

—Tira el arma —dijo el capitán—. Estás arrestado en el nombre del rey.

—¿Cuál es el cargo, capitán Dabidji? —Una voz grave y suave, de alguien acostumbrado a ser obedecido. La voz de un noble, o de un capitán, de un mercader poderoso, de un hombre educado. Su dicción era perfecta, como la de un instructor de gramática.

—Estás arrestado por sospecha de asesinato. *Tira el arma.*

—¿Sospecha de asesinato? ¿Y qué evidencia tiene de que yo haya estado involucrado en algo así?

—Ya lo hablaremos en el cuartel.

—Hablémoslo ahora. Además, con la tormenta fuera, prefiero no mojarme más de lo necesario.

—Me encargaré de encender un buen fuego en el cuartel.

—No, capitán. Hablemos. Envaina tu espada y conversemos.

—Escúchame bien: el único que da órdenes aquí soy yo. —Arjen dio un paso y el hombre de negro levantó su espada, cruzándola a pulgadas de su cuerpo, en posición de defensa.

—Yo no daría un paso más, capitán.

—¿Qué hacías aquí? ¿Nos vigilabas?

—Solo daba un paseo por este barrio.

—Ya veo. Un paseo por una casa maldita en medio de una tormenta.

El hombre del sombrero negro se encogió de hombros:

—¿Y por qué no? Es tan solo lluvia, como dijo la sargento Verlán.

Sabe mi nombre. Sabe el de ella.

—Si no tiras el arma —dijo el capitán—, lo tomaré como signo de agresión.

—Tómalo como quieras, capitán. Intenté evitar este momento, pero era cuestión de tiempo. Ya era hora de jugar, aunque sea un poco. El reino está lleno de ineptos, y lamento decir que es lo mismo entre los sabuesos del rey. ¿Por qué tardaste tanto? Pensé eras más astuto. Quizás me equivoqué contigo. De todos modos ya era hora de conocernos, ¿no crees?

—¿Quién eres?

—Un forastero en tierra ajena. Un heraldo de la venganza.

—Menuda estupidez —dijo el capitán.

Para sorpresa de Arjen, el de negro se abalanzó sobre él, cruzando el espacio entre ambos en cuatro largas zancadas. Apenas tuvo tiempo para desviar el espadazo que tenía por blanco su pecho.

El de negro atacó de nuevo con violencia, y el capitán supo inmediatamente que estaba ante un experto espadero.

7. ALANA VERLÁN

CUANDO LA SARGENTO Alana Verlán había llegado al último peldaño de las escaleras verticales, se encontró en un cuarto angosto, con las paredes cercanas a sus hombros, la pared de enfrente a unas dos palmas de su nariz, y atrás de ella, una caída al vacío. A la altura de los ojos, una mirilla ovalada de cristal. Se asomó por ella, pero solo vio oscuridad.

Debía estar cerca del techo superior de la mansión, pues escuchaba la lluvia descendiendo con fuerza, como los aplausos de un millar de gentes.

Además de la mirilla, encontró un picaporte. Intentó girarlo, pero estaba oxidado, inservible o con llave.

Maldición. ¿Estaré atrapada aquí? Si no puedo abrir esta puerta secreta, tendré que descender las escaleras y buscar otra salida.

Lo intentó de nuevo, y el picaporte cedió un poco.

Necesitaba ambas manos. Puso con cuidado la palmatoria en el suelo y luego asió el pomo con determinación.

Apretando los dientes y con todas sus fuerzas, la perilla metálica fue girando hasta que finalmente hizo *clic*. Empujó con el hombro y la puerta oculta se abrió.

Tomando de nuevo la vela, entró a lo que parecía haber sido alguna habitación principal, muy grande, aunque parte del techo había desaparecido y entraba por ahí no solo el agua, sino también un fuerte aire que silbaba. No vio nada más en el cuarto, excepto una mesa pequeña de madera que, al faltarle una de las patas, estaba inclinada en el suelo.

Sacó su espada, aunque evidentemente el espía no había seguido esta ruta. De todas maneras, mejor ser precavida.

La entrada a la habitación era una puerta de madera doble, pero solo quedaba una de las hojas. Pasando por el umbral, llegó a un

pasillo ancho hacia su izquierda.

Extendió la luz. El pasillo se perdía en la oscuridad.

Definitivamente esta había sido la casa de una familia muy adinerada. Completamente diferente a su experiencia de vida.

Alana se sentía orgullosa de su familia. Eran oriundos del pueblo pesquero de Burdán-akesh, en la región de Anumá, en una pequeña península al norte del Canal de las Tormentas.

Allí su tatarabuelo y después su abuelo hicieron una modesta fortuna familiar en el negocio de la pesca. Burdán-akesh había sido (y todavía era, por lo que ella alcanzaba a recordar) un hermoso pueblo de tamaño mediano, unos mil habitantes.

Sin embargo, todo cambió cuando estalló la Gran Guerra. Por años, la familia de Alana se quedó allí, incluso estando la isla enemiga de Ragidán a unas cuantas leguas marítimas de distancia, al sureste.

Anumá y Erkande habían sido conquistadas por Ragidán unos dos milenios atrás, rigiendo con vara de hierro por casi mil años esa parte del continente hasta que el ejército de Jadán el Conquistador, seguido por Jadán II el Bello, recuperó ambas regiones en la Reconquista. Debido a ese pasado histórico, durante la Gran Guerra los habitantes de las regiones norteñas temían que Ragidán intentaría inmediatamente recuperar aquellos territorios que consideraba suyos.

Sin embargo, la guerra, en lugar de comenzar en el norte, arreció primero en el este, en las llanuras entre Anumá y Nurani. Después hubo unos años de relativa tranquilidad, y cuando las batallas se reanudaron, estas fueron más feroces; fue entonces cuando comenzaron las invasiones terrestres a los pueblos y villas cerca de la costa de Anumá.

Los ragidianos hurtaban, mataban y destruían todo a su paso. Aprovechaban la cercanía para esclavizar a mujeres y niños y llevarlos a su isla, mientras que los varones eran impalados a las puertas de las ciudades y pueblos.

Alana tenía cinco años cuando junto con su familia y abuela (su abuelo falleció tres años antes) huyeron de su pueblo natal,

esquivando tropas enemigas asentadas en campamentos a lo largo del continente.

Se fueron acercando a la capital del reino, hasta que finalmente su padre decidió que lo más seguro era vivir en la ciudad de Tresden, o irse lo más lejos posible, a la península de Ayatán. Al final, se decidieron por Tresden.

Allí tuvieron que rehacer su vida, viviendo en pobreza por un tiempo, hasta que su padre logró establecerse de nuevo en la pesca, poco a poco consolidándose como un jefe de pescadores en el lago de Argalón.

Ella, sin embargo, decidió tomar un camino diferente al de su padre y sus dos hermanos mayores, en parte porque —aunque no le gustaba admitirlo— le tenía miedo al mar.

Para sorpresa de la familia, ingresó al ejército, a la división de la guardia real de la ciudad, siendo admitida como cabo. Al par de años fue ascendida a sargento segundo, y después a lo que ahora era: sargento primero.

Su meta: ser capitana.

Ascender a una posición más arriba sería difícil para una mujer como ella, sin conexiones, sin dinero y sin sangre noble. Pero no imposible. Los tiempos cambiaban. Cada vez más mujeres se unían al ejército y a la guardia, y además de capitanas, algunas ya eran comandantes y mayores.

Sí, los tiempos eran otros, y ella pensaba ser parte de ese cambio.

Siguió andando por el pasillo oscuro, asomándose en cada habitación. Todas estaban en similar condición: vacías, húmedas y con el techo agujereado.

Al llegar al final del pasillo, dobló a la izquierda y, a los quince pasos, optó por descender una escalera hacia el segundo piso. Salió a lo que probablemente había sido una sala de estar, con una salida al frente y otra a la derecha. Estaba por cruzar el umbral de la derecha cuando un trueno resonó cerca.

Sin embargo, creyó haber escuchado un grito.

Sí, ahí estaba, de nuevo:

—¡Detente, maldito! —exclamó una voz.

Se le aceleró el corazón. Cuando atravesó el marco, de repente, alguien se aproximaba hacia ella corriendo y con espada en mano.

Sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia el frente buscando atravesar el pecho del desconocido. Este, reaccionando, desvió la punta de la espada que, aunque no le perforó el corazón, le rasguñó el hombro.

—*¡Aghhhrr!* —gritó el herido.

Alana se preparó para montar su contraataque cuando el otro dijo:

—¡Sargento, soy yo!

Ella se detuvo, con la espada en alto.

Reconoció el semblante: era de Kande.

Adoptando posición de defensa, dijo:

—¿Qué haces aquí, de Kande? ¿Por qué me atacas?

—No te atacué, venía persiguiendo al asesino. ¡Maldición, me sacaste sangre! —dijo inspeccionándose la herida.

—¿Cómo...? ¿El asesino...? —dijo ella, poniéndose alerta y mirando a su alrededor—. ¿Dónde está?

—No lo sé, le venía pisando los talones cuando decidiste intentar matarme.

—Pero ¿dónde está? ¿A dónde se fue?

—No estoy seguro, no pude ver. El ángulo de la escalera no me lo permitió. Debe estar aquí cerca. ¿No lo viste pasar?

—¿Qué crees, que estoy ciega? ¡Por supuesto que no lo vi pasar!

—Maldición... pues debe estar por aquí.

—¿Estás seguro de que no era el capitán?

—Completamente.

—*¿Estás seguro*, de Kande? —insistió ella levantando apenas la punta de su espada.

—Estoy seguro, sargento. No era él. Era alguien más.

—¿Armado?

—Definitivamente, pues intentó emboscarme. Me parece que blandía un puñal, o una daga.

—¿Y el capitán?

—¿Yo qué sé? ¿No estaba contigo?

—Nos separamos. No tengo idea de dónde está ahora.

—Pues busquemos juntos al que me atacó. Debe andar cerca.
Será más fácil capturarlo entre los dos.

—Está bien —accedió ella.

Me pregunto dónde estará el capitán, pensó.

8. ÚLTIMA OPORTUNIDAD

EL CAPITÁN ESTABA intentando no morir.

Su contrincante era extremadamente habilidoso con la espada. Incluso siendo un hombre grande, se movía como bailarín, deslizándose hacia los cuatro puntos cardinales con la elegancia de un cisne y la ferocidad de un puma.

Por si eso no fuera poco, Arjen había perdido su fuente de luz — o más bien, la había dejado caer para empuñar con ambas manos—.

Después de un par de estocadas bajas, seguidas por un corte lateral que el capitán defendió con efectividad, pero no sin preocupación creciente, el hombre del sombrero negro se replegó y dijo:

—Pondré mi vela en esta mesa. —Colocó el candelabro de mano —. Así será más fácil pelear, ¿no cree, capitán?

Por lo menos está jadeando igual que yo, pensó. Respondió:

—Sí, mejor.

Aunque apenas podía verle los ojos grises y fríos, alcanzaba a notar que sonreía por la manera en que se arrugaban las comisuras externas de sus ojos.

—¿Dónde aprendiste a pelear, capitán? Seguramente no fue en el ejército. No, en el ejército no enseñan a combatir así. ¿Maestro privado?

Pasó por su mente el recuerdo fugaz de las cientos de horas entrenando con don Artemes, maestro de armas. El sudor, la sangre, los golpes, la memorización de secuencias de ataque y defensa. La euforia de aquella primera vez que logró desarmar a su tutor. De hecho, la hoja que ahora blandía, con ese elegante pomo plateado, el puño recubierto con tiras de cuero azul y el acero levemente azulado y forjado en la montaña del Gavilán, había sido regalo de su maestro hacía mucho tiempo, cuando cumplió quince inviernos y

entró al ejército como criado de armas, luego paje, más tarde escudero, hasta ganarse el rango de cabo...

Arjen movió el pie derecho en dirección de su enemigo y este, con rapidez pero sin dejar atrás la elegancia, se puso en posición de defensa.

—¿No me vas a decir? —preguntó el del sombrero.

—¿Decirte qué?

—Lo que te pregunté. Es de mala educación no responder a las preguntas. Esto es una pelea entre caballeros, ¿no?

—La educación no es mi fuerte, digamos.

—¿No? Supongo que tiene razón. «El capitán más condecorado de la guerra», dicen por allí. Un hombre duro, de calle. Sin embargo, pocos saben que pasaste algo de tiempo en la Universidad Real.

Sintió un escalofrío. ¿Cómo demonios sabía eso?

—No he podido investigar todavía qué fue lo que estudiaste. Pero tarde o temprano lo sabré. Me da curiosidad.

—Me has estado espiando. ¿Por qué tanto interés?

El del sombrero negro se encogió de hombros:

—Te metes en mis asuntos, me meto en los tuyos.

—¿Y dónde descubriste esa información? ¿En la universidad misma? —A Arjen le interesaba ese dato, pues la primera vez que el asesino del tulipán había matado a una víctima fue precisamente cuando investigaban el caso del asesinato del rector de la Universidad Real. Eso significaría que el de negro había estado en el lugar donde encontraron a una mujer asesinada, con la flor en las manos entrelazadas.

—Por aquí y por allá —respondió el extraño, evasivo.

—¿Qué hacías aquí?

El hombre de negro lo consideró por un momento.

—La sargento es una dama excepcional. Me ha estado siguiendo la huella, al igual que tú. Todavía está ella lejos de llegar a mí, pero presiento que se acercaría eventualmente. Tiene ese carácter, ya sabes, como el de un sabueso. —Lanzó una carcajada—. ¡Ja! Imagino que debes de estar pensando reclutarla.

—Así que admites haber matado a Binada.

—¿Admitirlo? ¿Por qué haría yo algo así?

Sí, ¿por qué? ¿Porque estás demente?

Aunque no parecía estar frente a un lunático. Todo lo contrario, su enemigo daba aires de un hombre calculador.

—¿Dónde está la otra muchacha? —dijo Arjen.

—¿Cuál otra?

—Sabes de quién hablo. La hermana. Está desaparecida.

—No lo sé, capitán sabueso. Lo único que sé es esto. Hay mucho trabajo en esta ciudad. Pero éste no es uno que te convenga involucrarte. ¿Me entiendes? Soy paciente, pero no tanto. Te estoy dando una última oportunidad. Si no la tomas, vendré por todo lo que consideras tuyo. Y al final, te mataré a ti también.

Si esa no es una admisión de culpa, no sé qué es.

La casa retumbó por a un trueno tan fuerte que el techo se sacudió.

Arjen se encogió de hombros y miró hacia arriba. La distracción fue minúscula pero suficiente: el de negro atacó como relámpago, un golpe certero al recazo de la espada, justo encima de la guarda. El puño de su arma se le deslizó de las manos y la espada cayó al suelo.

Sabiendo que el contraataque sería mortal y viéndose desarmado, le propinó un izquierdazo a puño cerrado que conectó con la mandíbula, haciéndolo retroceder, pero cuando el capitán intentó recuperar su espada, el otro ya se abalanzaba con un corte diagonal que llevaba como blanco su cuello.

Saltó hacia atrás, evitando el mortífero golpe, al mismo tiempo que desenvainaba la daga.

Para su horror, su enemigo recogió su espada y la empuñó en la mano izquierda. Ahora tenía dos.

Maldición. Mi daga contra dos espadas. Soy hombre muerto.

El de negro pesó la espada y la acercó a su rostro.

—Muy buen acero, capitán. ¿Dónde la conseguiste? En Erkande, seguramente.

Por costumbre, el capitán iba armado con su espada, una daga y un par de navajas. Así que sacó una de las navajas, de hoja cuya longitud era apenas la de un dedo índice. De haber más luz, estaba seguro de que se vería absolutamente ridículo.

Interpuso entre ellos la mesa donde estaba el candelabro. Dio pasos a la izquierda, con su contrincante imitándolo, hasta tener a sus espaldas las escaleras por las que había descendido hasta esa bodega subterránea.

—¿Y cuál es el plan de retirada, capitán? ¿Huir por esos angostos escalones? ¿Realmente crees que podrás dar cinco pasos antes de que te atravesase los riñones?

No, probablemente no. A menos que haya otra salida...

Pero no alcanzaba a ver bien en la oscuridad.

—Supongamos que, por puro milagro, logras evadirme. ¿Dejarás aquí tu espada? Lo admito, sería una excelente adición a mi colección.

—Dame mi espada —replicó el capitán, sabiendo que era una expectativa ridícula.

—Ven a por ella.

—¿No dijiste que esta es una pelea entre caballeros? Regrésame la espada, y peleemos como hombres.

—No, capitán. Tú la perdiste. Si fuera un torneo, otras reglas serían. Pero si insistes, habrá que batirnos no a primera sangre, sino a muerte.

¿Dónde está la sargento y ese maldito pelirrojo bueno para nada?

—¿Quieres tu espada, Arjen Dabidji? Ven a por ella. —El del sombrero negro la dejó caer. *Ta-clang-clang-clang.*

Si he de morir hoy, pensó, que Eluvá me reciba como valiente guerrero.

Con eso, y gritando de ira, corrió hacia su enemigo, alcanzando a —por milagro— encajarle la navaja en el hombro izquierdo. Pero este lo golpeó en el mentón con la guarda de la espada (una explosión de luz en sus ojos), lanzó una estocada violenta que por segunda vez desarmó al capitán, para después darle una patada con tremenda fuerza en la boca del estómago.

Arjen se dobló, y recibió una patada en la cara. Su cabeza latigueó hacia atrás, y las piernas se le doblaron.

En el suelo, aturdido y con un intenso dolor en el rostro, logró abrir los ojos a duras penas, pero veía todo borroso. La cabeza le

quería reventar.

Entonces vio la silueta del de negro, de pie delante de él.

—Última oportunidad, capitán. Aleja a tus sabuesos de mí, o te mataré, y a ellos también.

La vista de Arjen se oscureció, y perdió el conocimiento.

9. CUAL FANTASMA

—... NO, NO ESTÁ muerto.

—¿Estás segura? Está pálido.

—No está muerto, te digo. Tiene pulso.

—Despiértalo, entonces.

—¿Qué, crees que es tan fácil?

—Dale unas cachetadas, o algo.

—Mira...

Arjen abrió los ojos. No veía nada excepto un resplandor.

Siete Profetas, ¿estaré de camino al viaje eterno?

Su vista se fue enfocando. Estaba en el suelo, con un tremendo dolor de cabeza. Se llevó la mano a la boca y sintió la sangre, cálida y viscosa, del labio reventado.

—Revisa si no tiene otras heridas —escuchó una voz, la cual reconoció como de Kande.

Entonces unas manos lo palparon en el pecho y piernas.

—Parece que solo la cara —respondió una voz femenina. La sargento, debía ser. ¿Cómo se llamaba? Ya lo recordaría. Si no tuviera tanto dolor...

Parpadeó varias veces, y entonces distinguió que, arrodillada junto a él, estaba la sargento... *Alana*. Sí, Alana Verlán. De pie detrás de ella, mirándolo con curiosidad, Ogirán de Kande.

—¿Dónde estoy? —preguntó al mismo tiempo que recordaba todo. Con la ayuda de la sargento se sentó en el suelo.

—¿Está bien, capitán? —preguntó ella.

—Tengo un diente flojo.

—Y el labio reventado —dijo de Kande.

—Además de eso, parece que estoy bien —dijo el capitán, ahora él mismo inspeccionándose el cuerpo.

Estoy vivo. ¿Por qué me dejó vivo? ¿Por qué no me mató?

Recordó las palabras: «Última oportunidad».

Ahora estaba seguro de que el de negro era el asesino del tulipán. Si no él, estaba directamente relacionado. Tenía que ser. Todo apuntaba a ello.

Se llevó las manos a la cintura.

Mis armas...

La sargento intuyó la pregunta que haría, pues dijo:

—Encontramos su espada y daga en el suelo. Las puse sobre la mesa.

—Ayúdame a ponerme de pie.

Gruñó de dolor y se llevó la mano izquierda a la boca del estómago, donde había recibido la patada.

Enfundó su espada y daga, agradecido de no haberlas perdido.

—¿Mi navaja?

La sargento y el pelirrojo se miraron.

—No encontramos ninguna navaja, capitán —dijo ella.

Se la enterré en el hombro, recordó. Buscó alrededor, por si la hallaba en el suelo, pero no la vio por ningún lado.

—¿Qué fue lo que pasó, capitán? —preguntó el espadachín pelirrojo.

—Lo atacaron, ¿no te das cuenta? —dijo Alana.

—¡Por el Viviente-que-me-ve, sargento! —respondió el pelirrojo, exasperado—. Pienso que ya es hora de que dejes de tratarme como a un niño estúpido. Podremos tener nuestras diferencias, pero ya estoy comenzando a cansarme.

—Tú a mí no vas a venir a decirme... —comenzó ella.

—Me atacó el asesino.

Alana lo miró:

—¿El asesino del tulipán?

—Creo que sí. Pienso que sí. Que es él. ¿No lo vieron salir?

—Salir de aquí, no —respondió ella—. Sin embargo, atacó a de Kande. Lo estuvimos buscando por toda la casa.

—Gracias por referirte a mí por nombre.

Ella sacudió la cabeza, ignorando el comentario:

—Buscamos por toda la casa, pero no lo encontramos. Se esfumó.

—Cual fantasma —dijo el pelirrojo.

—Momento —dijo el capitán frunciendo el ceño—. Entonces... ¿también los atacó?

—Solamente a mí —dijo el pelirrojo—. Y por poco me manda al siguiente mundo. La sargento me ayudó a hallarlo, pero nada. Entonces decidimos buscarlo a usted, capitán. Para eso entramos de nuevo al pasadizo por la biblioteca, y seguimos el camino hasta llegar aquí. Al entrar, vimos que estaba en el suelo, y pensamos que muerto, al verle la cara ensangrentada.

—¿Cómo era el hombre?

—No tengo idea —respondió el espadachín—. Un manto oscuro. Gris, negro o marrón. No lo vi bien en la oscuridad.

—¿Le viste la cara?

—No. Iba con la capucha puesta. Además, intentó acuchillarme por la espalda. Salió corriendo cuando me defendí, y luego nos topamos la sargento y yo en el segundo piso, mientras le daba alcance. Pero se nos escurrió de las manos.

—Muy bien —dijo Arjen.

—¿Y usted qué puede decirnos, capitán? ¿Lo vio de cerca? —preguntó Alana.

—Sí. Pero llevaba el rostro encubierto. Iba vestido con un gabán largo y elegante, negro. Ojos grises. Espadachín experto.

—¿Será que es el asesino que buscamos? —insistió ella.

—Algo me dice que sí. Me dio un ultimátum. Me dijo que lo dejáramos en paz.

—Maldito —dijo la sargento—. Si no ha matado a Vainán, solo Eluvá sabe lo que estará haciéndole.

—Si la mató, ya lo sabríamos, ¿no? —dijo de Kande.

—No necesariamente —respondió la sargento—. La ciudad es enorme. Podría estar en algún lugar sin ser descubierta todavía. ¿Qué piensa usted, capitán?

—Pienso que posiblemente siga viva. Como dijo de Kante, si ya hubiera acabado con su vida, lo sabríamos. Al asesino del tulipán le gusta que descubran a sus víctimas cuando las acaba de matar.

—Maldito demente —dijo el pelirrojo—. ¿Y ahora qué hacemos? No podemos ir tras él con semejante tormentón afuera.

—Habrá que descansar —dijo el capitán—. Dormir y pensar.

La idea evidentemente no le gustaba al espadachín pelirrojo, que puso las manos en la cintura. Sin embargo, ¿qué podían hacer?

—Busquemos un mesón cercano —dijo el capitán—. Con fortuna, no habrán cerrado la puerta todavía.

—Tengo una mejor idea, capitán, si me lo permite —dijo el espadachín—. El castillo del marqués de Layún está a menos de media milla. Mucho más cerca que cualquiera de sus cuarteles. Además, capitán, cruzar el Naret será imposible.

No era imposible si lo hacían por el gran puente de piedra, llamado «de los carruajes». Pero Arjen se sentía cansado, y no estaba seguro de querer caminar hasta el cuartel.

—Está bien, de Kande. Vayamos allí. ¿Nos acogerán?

—Tenlo por seguro, capitán.

—Vamos, antes de que nos dé la tercera vigilia.

10. EL CASTILLO

EL MAYORDOMO DEL castillo del marqués de Layún era un anciano delgado de cabello blanco que los miraba con ligera molestia. Se había vestido apresuradamente, a juzgar por la túnica negra mal abotonada.

Arjen entendía que los mirara así. Era casi la medianoche, llegaron sin avisar y con necesidad de comida, abrigo y cama.

El anciano, con la ayuda de tres criados, ordenó primero traerles túnicas secas. Aunque el capitán andaba con un manto largo sobre su túnica, estaba completamente empapado hasta el sayo interior. Incluso salió agua acumulada cuando se quitó las botas.

Habiéndose vestido los tres con túnicas nuevas, sencillas, de lana —las cuales, sorprendentemente, les quedaban bastante bien tanto a él como a la sargento y a de Kande—, fueron invitados al comedor, cerca de una chimenea recién encendida, mientras les preparaban el cuarto para pasar la noche. Allí les sirvieron carne seca, pan frío, una rebanada de queso y un cuenco con almendras. Además, una jarra de vino fino.

Arjen mordió un pedazo de carne antes de que sus tripas lo traicionaran con un rugido. Hizo una mueca, pues el golpe en la boca le ardía. Alana y Ogirán comieron también mientras los criados servían las copas.

El castillo de Ikse, aunque mucho más pequeño que el castillo real, seguía siendo una construcción hermosa con sus murallas externas, cuatro torres de vigía, una entrada grande al patio exterior, y la fortaleza interior, de cuatro pisos.

La guardia de la garita los dejó pasar al reconocer al espadachín pelirrojo.

Comieron sin hablar mucho, de Kande sirviéndose una copa tras otra, de modo que el mayordomo, llamado Baín, mandó rellenar la

jarra, no sin antes lanzar otra mirada recelosa en dirección del trío.

—Cuando mis señores y dama terminen de cenar —dijo el mayordomo—, los criados los llevarán hasta sus aposentos, los cuales están ya casi listos.

—Gracias, Baín, buen hombre, hombre de Eluvá, bendito de los Profetas —le dijo de Kande levantando su copa en dirección del mayordomo, con una inflexión que denotaba el alcohol haciendo ya su influencia.

—Estoy para servirles —respondió Baín—. Mi señor el marqués está ya dormido, pues la hora es muy tardía. Sin embargo, el día de mañana seguramente les dará la bienvenida a la morada de Layún.

—Claro que sí, hermoso Baín —dijo de Kande—, mañana le daremos nuestro saludo, abrazo y beso al marqués, tenlo por seguro. Además, se refugian bajo su techo un hombre y una mujer de renombre. —Miró a uno de los criados—. Ven aquí, buen mozo, y relléname la copa, que la noche es corta y la sed extensa. ¡Este vino está divino!

—Estaré yo en el salón contiguo —dijo el mayordomo—. Si algo necesitan, hágame el favor de decírmelo. —Se dirigió al capitán—: Encontrará en su cuarto una jofaina con agua tibia, paños limpios y el mejor ungüento de la casa, para su herida.

Arjen asintió. Aunque ya se había limpiado la sangre, el labio seguía hinchado.

Baín se retiró.

—Será mejor ir a dormir —dijo el capitán—. Mañana, si lo permite Eluvá, continuaremos la investigación.

Estaba por ponerse de pie cuando dijo de Kande:

—¿Por qué tanta prisa, capitán sabueso?

—No hay prisa, pero sí cansancio.

—La noche es joven, capitán. Además, ¿quién más que tú está acostumbrado a pasar noches de vigilia? ¿No fue esa tu vida por años, en la guerra?

Sí que lo había sido. Años de dormir mal, con turnos de vigilia, en frío y en calor, bajo techo o a la intemperie, con el sonido del bosque o los ronquidos de los compañeros, con las ratas que se escurrían cerca buscando alguna migaja.

Se había unido a la guerra a los quince años, y llevaban apenas cinco de paz. Eso significaba que pasó veinte años en campaña. Veinte largos años. Veinte años subiendo los rangos hasta llegar a capitán primero, enterrando a casi todos sus amigos y luchando contra un enemigo que al final se replegó, un emperador que burló la horca y escapó a su maldita isla.

Y luego cinco años de paz..., pero cinco años sin dormir bien. La guerra le atrofiaba el sueño. Todavía se levantaba con frecuencia a mitad de la tercera vigilia, por pura costumbre. Eso sin contar las noches en que se despertaba bañado en sudor, con un grito atorado en la garganta y la imagen de algún compañero muerto, la cara destrozada, desmembrado, destripado, torturado...

Maldita guerra. Maldita paz.

—¿Capitán? —dijo el espadachín.

—¿Qué?

—¿Por qué tanta prisa, digo?

—Ya te lo dije, de Kande.

—Tenemos fuego, tenemos comida, tenemos vino, tenemos tiempo. Mañana tendrá su propio afán, capitán. Venga, beba conmigo hasta el amanecer.

—Estás borracho, de Kande —dijo Alana.

—¿Y qué? Emborráchate conmigo, hermosa, hasta que ya no sepamos quién es quién.

—Vuelve a decirme *hermosa* y te juro por los Siete Profetas que te clavaré una daga en el pecho.

—No digas eso, sargento —dijo de Kande repentinamente serio—. Eluvá podría escucharte y cumplir tu petición.

Ella lo ignoró y se lanzó a la boca un par de almendras.

Arjen hizo para atrás la silla y se puso de pie. Apenas dio un paso cuando dijo el pelirrojo:

—¿Por qué no te mató, capitán?

De Kande, recargado en el respaldo de la silla que oscilaba sobre dos patas, con la copa entre los dedos y la mano siniestra casi rozando el piso, lo miraba con una singular expresión en el rostro. Le pareció que era sospecha.

—¿Qué, de Kande? ¿Acaso crees que yo y el asesino nos pusimos de acuerdo? ¿Que somos del mismo bando?

—Yo solo pregunto, mi estimado capitán. Algo tengo por cierto: si tú y ese florero demente estuvieran de acuerdo, sería una historia interesantísima. Ese folletín haría rico al Bardo.

—Eres un estúpido, de Kande —dijo Alana.

—Es solo una pregunta, sargento. No es una afirmación. Ninguno de nosotros vio la pelea. Encontramos al capitán indefenso y aparentemente inconsciente.

—Y con la boca abierta —dijo ella.

—Y con la boca abierta, sí —secundó el pelirrojo—. Pero la pregunta sigue en pie: ¿por qué demonios ese florero desquiciado no lo mató?

—¿Y cómo vamos a saberlo? —preguntó la sargento—. Tú mismo lo has dicho: está demente. Debe estar completamente loco para habernos seguido en medio de la tormenta.

Arjen recordó que el del sombrero negro le había dicho que llegó hasta allí siguiendo a Alana. Pero prefirió no decirlo en ese momento.

—Me amenazó —comentó Arjen.

Los dos lo miraron, ceñudos.

—¿Cómo? —preguntó el pelirrojo.

—Que lo dejáramos en paz o me mataría. A mí y a mi tropa.

Alana levantó las cejas:

—Entonces era él.

—Sospecho que sí, sargento.

El espadachín pelirrojo no se atrevió a protestar cuando el capitán se retiró. Tomó sus armas, que había dejado sobre una mesa afuera del comedor, y uno de los criados lo guió por varios pasillos y unas escaleras hasta finalmente detenerse ante una puerta y decir:

—Aquí sus aposentos, mi señor. Encontrará la llave del cerrojo adentro, por si decide echarlo.

—Gracias —le dijo. El joven le dio una lámpara de aceite pequeña y, habiendo encendido la punta, se retiró.

Abrió la puerta, sintiendo en la cabeza y en los hombros el peso del cansancio.

Entonces, con un sobresalto, se percató de que no estaba solo.

En una esquina, sentada sobre un taburete, lo esperaba una hermosa joven.

11. UNA VISITA

VARIOS PENSAMIENTOS PASARON por la cabeza de Arjen al ver a la joven.

¿Quién era? ¿Qué hacía allí? ¿Con qué propósito?

La iluminaba una lámpara en una mesita junto al taburete. Iba vestida con una túnica de lino celeste, un cordel dorado por cinto, y el cabello avellana le descendía por los hombros hasta la cintura.

Él seguía de pie en el umbral de la puerta, mirándola como estatua, y ella le regresaba la mirada con unos ojos azules y penetrantes. Su piel era tan blanca como la de algún fantasma, la nariz y las mejillas salpicadas de pecas.

—Bienvenido al castillo de Ikse, capitán Dabidji —dijo ella.

—Gracias, mi señora. No creo saber quién es usted...

—¿La comida fue de su agrado? No pudimos ofrecer algo mejor, debido a la hora. Pero nuestra carne seca es deliciosa y el vino excelente.

—La cena estuvo muy bien. Muchas gracias. Llegamos de improviso por la tormenta.

—Sí. —Ella miró por una ventana cercana, cuyas dos hojas de cristal transparente estaban cerradas, pero vibraban por el aire y el agua que azotaba contra ellas—. La tormenta arrecia.

Se quedó ella mirando hacia afuera, perdida en algún pensamiento. Luego dirigió su vista al capitán.

—Soy la dama Gleani. Hija del marqués de Layún.

—Un gusto conocerle, dama de Layún —respondió con una inclinación del cuerpo.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—¿Estoy en lo correcto al pensar que usted es el capitán Dabidji?
—preguntó con el acento característico de los habitantes de Anumá,

con las erres más suaves.

—Arjen Dabidji, capitán de los sabuesos del rey, para servirle.

Ella sonrió. Una sonrisa elegante, sin mostrar los dientes. Sus ojos brillaron.

—He leído todas sus historias. Mi padre me reprende por ello, así que lo hago a escondidas.

Brisbán el Bardo publicaba mensualmente un folletín titulado *Los sabuesos de Tresden*, basado en las investigaciones del capitán y el sargento Zark. Esos cuentos los catapultaron a la fama, pero en opinión del capitán eran por muchas razones más un problema que una ventaja, una de ellas siendo que el Bardo se tomaba demasiadas libertades artísticas. Además, al sargento Zark le fastidiaba la manera en que era representado, como un compañero medio torpe y pasado de peso.

No había leído ninguna entrega excepto quizá las primeras, y esto solo para ver qué demonios estaba escribiendo ese maldito bardo. Dejó de hacerlo porque siempre terminaba malhumorado.

—Lamento decirle que esas historias están llenas de fabricaciones.

—No lo dudo —respondió ella—. Pero ¿es toda una ficción? ¿O hay algunas cosas ciertas?

—Algunas solamente.

—Por ejemplo, su descripción.

Él entrecerró los ojos.

—¿Mi... descripción?

—Sí, capitán. La descripción que el Bardo hace de usted, me parece, es acertada. Un hombre maduro pero fuerte, con nariz estrecha y barba bien recortada, negra. Algunas cicatrices. Piel tostada por el sol, y unos ojos marrones e intensos. Muy guapo.

El capitán, para su propia molestia, sintió un ligero ardor en la cara. La dama frente a él era joven, pero era extremadamente hermosa. Y le hablaba con la naturalidad de una mujer madura y acostumbrada a lidiar con hombres.

—Bueno, eso pienso yo —dijo ella poniéndose de pie.

Al dar unos pasos en dirección de él, dijo el capitán:

—Mi dama, quizás sea buena idea conversar afuera, en alguno de los salones.

—No será necesario —le respondió caminando junto a él y cerrando la puerta—. Siéntate, por favor, capitán. —Le señaló una silla junto a la cama, a un lado del buró con la jofaina, paños, un frasco de aceite y otros utensilios de curación.

Él no se atrevió a moverse. Quería salir de allí porque no estaba seguro de lo que sucedía. Y no le gustaba estar en situaciones en donde no sabía qué pasaba.

—¿Rehusarás la instrucción de la dama del castillo?

—De ninguna manera —contestó y obedeció, sentándose.

Ella se acercó a él y le inspeccionó el rostro, muy de cerca. Olía a flores y miel silvestre. Sus labios, rojos y llenos, le recordaban a aquella mujer a quien había amado, pero cuyo amor le era no solamente imposible, sino prohibido.

—¿Alguna otra herida además de esta?

Muchas. Algunas sangrando, otras abiertas, otras cicatrizando. Pero todas internas.

—Solo esta —contestó—. Pero yo puedo...

—He curado las heridas de mi padre y mis hermanos muchas veces. Son aficionados de la caza y cada mes organizan un torneo de espadas. Al principio eran de madera, hasta que se aburrieron. Ahora lo llevan a cabo con espadas de poco filo, pero estas aún cortan y hieren.

El golpe había abierto la carne desde el canto lateral del labio hasta casi la comisura. Dolía, pero no tanto como admitir delante de una dama que la patada lo había tomado por sorpresa.

Gleani de Layún humedeció un paño en la jofaina y lo escurrió con movimientos lentos, ceremoniales. Después le tomó el mentón con firmeza y acercó la luz de una vela para ver mejor.

—Esto va a escocer —advirtió.

El paño tibio tocó la herida y Arjen soltó un suspiro tenso. Ella trabajó con calma, limpiando la sangre seca alrededor del labio. Luego mojó en un cuenco otro paño, en una mezcla de agua y hierbas —romero y un toque de salvia—, y lo pasó con precisión sobre el corte.

—No fue un golpe ligero —dijo Gleani, sin apartar la vista.

—He recibido peores —gruñó Arjen.

Ella alzó una ceja y tomó una cuchara de madera para aplicar un poco de aceite dorado que olía a consuelo. Lo extendió con cuidado, como si temiera romperlo más.

—Debería dejar que le cierre un punto, capitán —murmuró.

Arjen negó con la cabeza:

—Estaré bien.

La dama suspiró, resignada, y siguió trabajando. La vela iluminaba su rostro concentrado. El capitán sintió el calor del aceite, el alivio, la vergüenza y algo más difícil de nombrar.

Cuando terminó, ella limpió sus manos, se retiró un paso y dijo:

—Ya está. —Sonrió, esta vez enseñando su perfecta dentadura blanca—. No vuelva a dejar que le rompan la cara.

Arjen esbozó una sonrisa torcida:

—Haré lo posible, mi dama.

Pensó que este extraño encuentro había llegado a su fin, y que la dama Gleani le desearía las buenas noches y se retiraría. En lugar de eso, ella regresó a sentarse en el taburete.

Arjen se puso de pie, pues era incómodo permanecer sentado al otro lado del cuarto. Se detuvo a unos tres pasos de ella, con la ventana a su izquierda.

—Dama, le agradezco profundamente sus atenciones.

—Fue un placer, capitán.

Un momento de silencio.

—Esa no es la razón principal por la que vine, aunque es una de ellas —continuó ella—. Cuando ustedes llegaron, yo me encontraba en la biblioteca leyendo. Es mi lugar favorito y paso muchas noches allí. Escuché las voces, y también el murmullo fastidiado de Baín cuando cruzaba el pasillo. Así que decidí ver lo que sucedía, y escuché la conversación, escondida detrás de una puerta. Así supe su nombre, y al inspeccionar las ropas mojadas que encargó a los criados, me percaté de que eran las túnicas de uno que pertenecía a la Honorable Compañía. Así que conecté las dos cosas, y asumí que era Arjen Dabidji, de quien he leído todas sus aventuras.

—Aunque no son más, propiamente hablando.

—Cierto. De todos modos.

—Si la razón principal no era curar mi herida... ¿me permitirá preguntar, si no ofende, cuál es la razón?

Después de un momento, ella dijo:

—Está aquí por la cuestión de mis hermanas. Lo sé porque viene acompañado de un sargento de la guardia y de ese... de ese espadachín a sueldo.

—Así es.

—Pues bien, capitán. —Lo miró, muy serio—. Hablemos de mis hermanas. Probablemente hay detalles que debería saber y, quién sabe... tal vez ayude a resolver el porqué de lo sucedido.

12. PUERTA ABIERTA

CUANDO EL CAPITÁN se retiró del comedor esa noche, la sargento Alana Verlán pensó: *Mejor irme yo también y descansar un poco.*

Sin embargo, todavía tenía hambre. Les habían servido buen vino, carne seca, nueces, y acababan de traer un cuenco con manzanas. Ella no estaba acostumbrada a comer así. Es verdad que para un señor de la marca y su familia esta comida sería considerada apenas un pisco labis.

Pero la carne estaba crujiente y dorada, las almendras salpicadas con azúcar, el vino rezumaba un aroma a madera húmeda que jamás había oído, y por lo que podía ver, las manzanas habían sido sumergidas en miel. ¡Siete Profetas!

Estaba acostumbrada a *disfrutar* de la *delicada* comida del cuartel de la guardia, que provenía del caldero que hervía en la cocina común, lleno de un guiso aguado donde flotaban nabos blandos y algún que otro trozo de carne dura. Lo acompañaban con pan negro del día anterior, tan duro que la mayoría lo mojaba en el caldo para no dejar un diente incrustado. A veces añadían una cebolla cruda, un trozo de queso rancio o unas lonjas de pescado tan saladas que daban sed. Para beber, un jarro de vino aguado (muy aguado), que sabía más a cubo de agua.

Era comida áspera, monótona, pensada para mantener a una persona de pie y nada más.

Por lo tanto, no se retiraría a dormir hasta que tuviera la tripa llena. Si eso significaba tener que aguantar por un poco más de tiempo a de Kande, que así fuera.

Afortunadamente, el pelirrojo tenía la vista perdida y meneaba su copa de vino pensativo, balanceándose sobre la silla de tal manera que en cualquier momento se iría de espaldas, cosa que a Alana le encantaría ver.

La sargento terminó de beber su copa, sintiendo ese agradable cosquilleo en la cabeza, y lanzó una mirada de soslayo a uno de los criados, quien inmediatamente se acercó a rellenarla.

Luego se levantó, extendiéndose sobre la mesa para tomar una de las manzanas mieladas, que tenían un palito de madera incrustado para agarrarla.

Le dio una mordida. Una explosión de sabor en su boca que le abrió los ojos y la remontó a su niñez, al mercado de Burdán-akesh, donde su padre le compraba una manzana con miel una vez a la semana, si ella se portaba bien.

Vaya, había olvidado eso. ¿Hace cuánto...? Hace muchos años, antes de que todo se fuera al maldito carajo.

Se comió la manzana como una niña chiquita, masticando con fuerza. Casi escuchaba a su abuela reprendiéndola y diciéndole que masticara con la boca cerrada.

Cuando terminó, eructó, lo que le ganó una miradita de de Kande, pero no le importó. Tomó la copa y se la terminó.

Corazón lleno, tripa contenta, pensó. ¿O cómo iba el dicho? *Profetas, qué importa*. La cabeza le daba vueltitas por el alcohol. Pero se sentía satisfecha. Estaba segura de que dormiría bien.

Hizo la silla para atrás, determinada a retirarse.

—¿A ti no se te hace raro, sargento? —dijo el pelirrojo, que la miraba con atención.

—¿Qué cosa?

—Pues eso, con el capitán.

—¿Que el asesino lo dejó con vida?

—Precisamente.

Ella se encogió de hombros:

—Su explicación me parece suficiente y razonable. Si lo piensas, tiene sentido. Si el asesino matara al capitán, ¿qué pasaría? Los sabuesos redoblarían sus esfuerzos por capturarlo. Si matara al capitán Arjen, tendría al mismísimo comandante de los sabuesos buscando atraparlo.

—Quizás.

—No me digas que sospechas del capitán.

El espadachín entrecerró los ojos, pensativo:

—No, supongo que no. Pero quería confirmarlo. Contigo. Lo he estado meditando todo este tiempo.

—¿Todo este tiempo? Apenas menos de un cuarto de hora que se retiró.

—Pues todo ese tiempo lo he estado pensando. Y también otra cosa: al asesino le interesa matar a cierto tipo de personas.

—¿Mujeres bellas?

—Y de la nobleza. De alta alcurnia.

—Eso no lo sabemos bien. Por lo que entiendo, no se ha logrado confirmar que las primeras dos víctimas eran mujeres nobles o plebeyas. Vi el informe de la primera muerte, y la conclusión fue que no era noble —dijo, y se lamentó por dar tanta información. Maldito vino.

—Yo también vi el informe. Me costó un escudo conseguir verlo, pero hey, el dinero hace maravillas. Mira, sargento, el capitán es inteligente, brillante, pero creo que cometió un error. Concluyó que la primera víctima no era una mujer noble debido a la planta de los pies; parecía una mujer que había crecido descalza, y esa no es la costumbre entre las mujeres de la nobleza.

—Sí.

—Pero ¿y si era la hija de algún marqués? No una mujer citadina, sino acostumbrada al campo.

—Pudiera ser —dijo Alana—. Pero entonces el asesino la habría tenido que traer desde algún lugar del reino, incluso un lugar lejano.

—¿Y por qué no? El asesino, posiblemente, no mata solamente aquí en Tresden. Pudo traerla en algún carretón, inconsciente o recién asesinada.

—Ningún marqués reclamó el cuerpo.

—Piénsalo un poco, sargento. Si las mujeres desaparecidas son hijas de poderosos, quizás quieran mantenerlo en secreto. Ningún noble querría que saliera a la luz la muerte de su hija, mucho menos bajo esas circunstancias. Por ejemplo, por lo que he investigado, la primera víctima la encontraron en la Universidad Real.

—Eso tengo entendido —dijo ella, que también había hecho algo de investigación por su parte.

—¿Sabías tú que el cuerpo de ella, de esa primera víctima, fue reclamado de manera anónima y secreta? Con dinero de por medio para mantener la cosa en silencio.

Me pregunto si el capitán sabe eso.

—Y algo similar sucedió con la segunda —continuó de Kande—. Su cuerpo: desaparecido por medio de un soborno.

—¿Alguien está reclamando sus cuerpos? ¿El asesino?

—El asesino, o los padres de las víctimas que quieren mantenerlo en secreto. Ya sabes: «Mi hija se fue en un viaje largo a Erkande», qué sé yo. Pero lo que sabemos a conocimiento cierto es que la tercera víctima, o por lo menos la tercera que nosotros sepamos, es noble. Sin duda. Eso significa que o el asesino rompió su patrón, o tal vez no hay un patrón excepto que son mujeres bellas, o la investigación se equivocó al principio, al pensar que el florero demente mató a una mujer plebeya como su primera víctima.

Alana estaba absolutamente sorprendida de que el pelirrojo pudiera decir todo eso y pensar así, con las mejillas rojas y el habla lenta por la bebida.

Sabe beber. Y quizás... tiene algo de razón.

—¿Tienes una teoría? —preguntó ella.

—Sí. Mi teoría es que el florero está demente y está matando a mujeres nobles. ¿Por qué? No sé, además de lo que ya dije: es un loco pervertido. Y es por eso que lo voy a encontrar.

—¿Por eso, o por los reales que cobrarás?

—Por ambas cosas —dijo, con seguridad, y a Alana se le hizo que decía la verdad.

—El problema es que estamos en un callejón sin salida —dijo ella.

—Ningún callejón es sin salida, sargento. Siempre hay una ventana mal cerrada, una puerta que puedes tumbar, o una abierta. Solamente debemos encontrar esa puerta abierta. Y la encontraremos.

13. EL ORÁCULO DEL MAGO

ARJEN MIRÓ A la dama Gleani, asintió con la cabeza y dijo:

—Me parece bien, mi señora. Cualquier información que pueda darme será de gran ayuda. Estamos investigando lo sucedido.

—La muerte y la desaparición.

—Así es. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

¿Qué es lo que siento? No mucho. Quiero encontrar a la muchacha desaparecida, sí, pero no tanto por ella, sino con tal de detener al asesino.

A veces se preguntaba si todavía sentía algo. Pero luego pensaba en el dolor que sentiría cuando el padre Darió hiciera el viaje eterno y entrara a los Portales de Esplendor. Recordaba el terror cuando pensó que Zark había muerto. ¿Su último amigo? ¿Su único amigo?

—Es decir... —dijo el capitán—, lo siento por sus hermanas.

—Yo odiaba a Binada y Vainán —dijo ella sin la menor dubitación en la voz—. Mayores que yo por tres veranos, pero doce veces más estúpidas. Mi hermana la más grande todavía vive en la marca. Además de seis hermanos varones, tres mayores que yo, tres menores.

—Ya veo. Diez hermanos en total, contando a las gemelas.

—Éramos doce. Dos mujeres han muerto. Riali, esa hermosa flor, falleció teniendo tan solo tres años. Nunca supimos la razón. Simplemente un día amaneció sin respirar. Y la más pequeña, Julinadani, murió una semana después de haber nacido. Mi madre falleció al darla a luz. Eso fue hace diez años ya. Pienso que todavía no nos hemos recuperado de esas pérdidas.

La luz de la lámpara iluminaba una cara triste. Ojos que lagrimaban. Labios ligeramente inclinados hacia abajo.

—¿Todos de la misma mujer?

—No —respondió ella—. Los primeros cinco son mis hermanastros, y nacieron de Burela, la primera esposa de mi padre, incluyendo las gemelas. La dama Burela falleció hace muchos años de la fiebre amarilla. Mi padre se casó de nuevo. El nombre de mi madre fue Jandelana, y tuvo primero a mi hermano Roldán, luego a mí, después a Jonaste, a Klande y a Rinde.

—¿Excepto por tu hermana mayor, todos viven aquí en el castillo?

—No. Mi hermana mayor vive junto a mi hermano Karna, el segundo, quien es ahora el señor de la marca.

Es a él a quien recuerdo. Un perfecto idiota.

—Mi hermano el tercero es comandante del ejército, apostado en la frontera del norte inexplorado.

—Ya veo.

—Después las gemelas, que vivían aquí en el castillo, al igual que el resto de nosotros.

—¿Tu padre se ha casado de nuevo?

Ella negó con la cabeza:

—Desde la muerte de mi madre, no. Aunque... mi padre es un hombre, capitán. Cada semana hay mujeres que entran y salen de su habitación. Él intenta ocultarlo, pero todos lo sabemos.

—Entonces, las únicas hijas de la primera esposa de tu padre que vivían en el castillo eran las gemelas.

—Así es. Sólo ellas. El resto de nosotros somos hijos de mi madre.

—¿Eso causaba conflictos entre ustedes?

—Por supuesto. Como dije, yo las odiaba. Para empezar, nos veían como inferiores. Como si ser hijos de la segunda esposa nos convirtiera en descendientes de segunda categoría. Semejante estupidez. Además, siempre actuaban de manera que ponían a mi padre en vergüenza. Él no es un hombre perfecto, capitán. Tiene muchos defectos, entre ellos uno de los peores, que parece ser una característica indispensable de la nobleza de esta ciudad... y de este reino: una sed insaciable de poder y riqueza. Mi padre fue un hombre rico y poderoso. Su cercanía al rey le ha dado poder en la ciudad. El rey confía en él. Pero mis hermanas... todo lo que les

interesaba era comer, beber y, sobre todo, pasar la noche con hombres.

—¿«Fue rico»?

La dama exhaló.

—Las finanzas de hoy no son las mismas de antes, capitán. Mi padre es un hombre en ambicioso, e invirtió mucho dinero en diversos negocios. Por alguna razón, Eluvá no prosperó algunos de esos negocios, y las pérdidas han sido... —Ella negó con la cabeza—. Sin embargo, usted sabe cómo es la nobleza. Hay que aparentar que todo sigue igual, que todo está bien. Así que mi padre ha estado gastando dinero que no tiene, tanto para pagar deudas como para financiar sus casas, sus siervos y, por supuesto, sus hijos.

—¿Sus hermanas... salían con frecuencia?

—Sí, porque nunca se atrevieron a traer sus fiestas y a sus hombres aquí al castillo. Mi padre tiene un carácter fuerte, y aunque siempre las consintió, nunca admitiría eso aquí dentro. Solamente una vez se atrevieron ellas, y mi padre metió al calabozo por un tiempo a los dos hombres que las acompañaron. Eso les sirvió de lección.

—¿Eran ellas las favoritas de tu padre?

—No. La verdad es que no.

—Era usted, ¿cierto?

Ella arqueó una ceja:

—¿Es obvio?

—Lo es para mí.

La dama Gleani sonrió.

—Incluso a pesar de mi juventud —continuó—, me he convertido en la señora del castillo, a falta de una mujer para mi padre. Así que mis hermanas me odiaban por ello. Era yo quien tenía que recordarles lo que significa ser hijas del marqués de Layún.

—Pero ellas no escuchaban.

—No. Nunca. Pero hace un mes, algo nos dejó desconcertados.

—¿Sí? ¿Qué?

—La visita del mago Ramdán.

—¿El adivino? —preguntó el capitán.

Ella asintió.

Hace mucho tiempo que Arjen no escuchaba sobre Ramdán ayateño. Era un conocido mago y adivino en aquella región de la ciudad. Había sido un ermitaño por muchos años, viviendo en la plataforma superior de un pináculo justo en las afueras de la gran muralla externa, al suroeste. La gente le llevaba comida, la cual le subían por una polea. Desde allí, una vez a la semana, proclamaba alguna profecía o hacía alguna señal mágica. Llegó a tener muchos seguidores.

Después, hace unos diez años, se había mudado a la ciudad, a unas dos millas del lago Argalón, donde era consultado por muchos en su casa, que era un viejo tejtar en la cima de una colina. Arjen sabía sobre él porque muchos lo consideraban un santo, e incluso le rendían culto. Las Hermanas del Ojo Sagrado, que eran un grupo de mujeres religiosas con mucho poder, intentaron capturarlo para llevarlo ante el tribunal de la Santa Hermandad y verificar su ortodoxia. Pero no pudieron hacerlo porque el pueblo no lo permitió. Lo defendían como si fuera uno de los Siete Profetas.

—Algunos dicen que es un charlatán —dijo el capitán.

—Quizás lo sea. Aunque lo he visto hacer cosas... inexplicables. Por lo menos para mí. No solo desaparecer animalitos y adivinar cartas, sino descifrar sueños y proclamar oráculos.

Hasta hace poco Arjen había sido escéptico de todas esas cosas. Sí, creía en Eluvá y se consideraba devoto de la fe. Pero ¿magia y hechicería? ¿Poderes y reliquias? De eso no estaba tan seguro.

Sí, hasta hace poco, cuando se enfrentó a Farrajat de Ayul en el palacio condal.

—¿Dice que hace un mes el mago visitó este castillo?

—En realidad, capitán, el mago viene cada semana. Mi padre le tiene confianza y lo ha convertido prácticamente en su consejero. Le pide que consulte a Eluvá de su parte, y el mago aconseja y predice.

—A cambio de dinero.

—No, capitán. Nunca le ha cobrado a mi padre ni un solo escudo. Sin embargo, mi padre lo protege y provee para él. Estoy segura de que, sin decirme, mi padre le ha dado al mago mucha plata.

No me sorprende. Detrás de un charlatán siempre hay plata involucrada.

—Pues bien —continuó la dama Gleani—; como dije, hace unas cuatro semanas estábamos todos en el comedor, incluyendo el mago, que siempre come en una esquina cuando nos visita. De repente, éste se puso de pie, habiendo entrado en una especie de trance, y gritó: «¡Oíd, moradores de Ikse! Vosotros que os pensáis seguros tras las murallas. La muerte, ¡la muerte se avecina! Un hechicero y heraldo ha llegado a la ciudad, un vengador de la injusticia. En una mano lleva la balanza y en la otra la espada, para vengar la traición infame. El secreto oculto será descubierto, y el sacrificio será en proporción al pecado. He aquí, de aquí a cuarenta días, Binada y Vainán no serán más. ¡Palabra de Eluvá!».

Arjen se pasó dos dedos por el bigote.

—¿Cuál fue la reacción de los presentes? —preguntó.

—Las gemelas lanzaron una tremenda carcajada, porque ellas siempre han considerado a Ramdán como un lunático. Mi padre, sin embargo, estaba pálido. Nunca lo había visto así. Una cara de miedo.

—Tomó en serio el oráculo, entonces.

—Sí. Algo en la profecía lo espantó. Le gritó a mis hermanastras que se callaran y, al no hacer caso, las expulsó de la mesa.

El capitán se quedó pensativo. Luego dijo:

—¿Qué significa «el secreto oculto será descubierto»?

—No lo sé, capitán. A mí también me llamó la atención, y se lo pregunté a mi padre al día siguiente. Me ignoró, diciendo que era una de las locuras del mago. Pero lo noté evasivo.

—Entonces hay que ir a donde el mago Ramdán y preguntarle. ¿No vive cerca de aquí?

—A pie, una mitad de hora. Pero con esta tormenta sería imposible llegar.

—Habrá que hacerlo. Habrá que intentarlo. Mañana mismo visitaremos al mago. Quién sabe, quizás nos diga algo útil.

14. ENCUENTRO

ALANA SEGUÍA AL criado por un pasillo húmedo y oscuro. El joven caminaba con familiaridad, alumbrándose el camino con una lámpara de aceite, al igual que ella.

Subieron por unas escaleras de caracol angostas y continuaron por otro corredor más ancho.

Pasaron por un pasillo con barandal a la izquierda, desde donde se podía ver hacia el piso de abajo, que era un gran salón cuya puerta daba hacia el patio exterior. Allí, alumbrado por una lámpara, un joven se quitaba el manto exterior de encima, muy mojado, y lo colgaba en un gancho clavado a la pared.

Era rubio, barba roja bien recortada, más o menos de la edad de ella, y vestía una túnica sencilla de algún color oscuro.

Cuando avanzaron unos quince pasos, ella preguntó al criado en voz baja:

—¿Quién era?

—¿Cómo dice, mi señora?

—El joven que acaba de llegar. ¿Quién era?

—Lo lamento, mi señora, no vi.

—Un joven rubio.

—Debe ser el maese Roldán, hijo del marqués. Está encargado de los establos, mi señora.

Siguieron caminando hasta que finalmente el criado se detuvo y apuntó a una puerta. Le dijo que eran sus aposentos, que encontraría la llave adentro y que la letrina estaba al final del pasillo. Si al día siguiente deseaba agua caliente, debía avisarle a alguno de los criados con un par de horas de anticipación.

—¿Dónde duerme el capitán?

El muchacho la miró con unos ojos que apenas traicionaban su curiosidad.

—En el ala opuesta, mi señora.

—¿Me muestras? Necesito decirle algo con urgencia.

—Lo que usted desee, por supuesto.

Así que la guió hasta el final del pasillo, dando vuelta a la izquierda, pasando una estancia, seguido de otro pasillo con varias puertas cerradas.

El joven apuntó:

—La tercera puerta es la del capitán, mi señora.

—Gracias.

El muchacho se retiró por donde habían venido.

Era un castillo grande. Por fortuna, regresar a su cuarto no sería difícil.

Se acercó hasta la puerta de la habitación del capitán y, antes de tocar con los nudillos, dudó.

Es muy de noche. Quizás ya está dormido.

Entonces escuchó voces del otro lado de la puerta y, para su sorpresa, una de ellas era femenina.

Siete Profetas, está con una mujer. Debo retirarme de inmediato.

Justo en ese momento la puerta se abrió.

Delante de ella, una joven de piel blanquísima y ojos tan azules como el mar. Era bella, como imaginaba sería la princesa perdida, la hermana del rey.

Alana abrió la boca, pero no tenía idea de qué decir.

—¿Sus aposentos han sido de su agrado, sargento? —dijo la joven mujer.

—Yo..., todavía no..., todavía no los veo.

—Entiendo.

—Yo solo venía porque hay algo que debo, eh, conversar con el capitán.

—Entiendo —repitió.

En ese momento se sintió muy consciente de su aliento a alcohol. ¿Estaba ebria? No. Un poco mareada, pero nada más.

—Pero puedo volver después —dijo Alana.

—Lo que usted decida —respondió la joven—. Si algo necesita, déjeselo saber a alguno de los criados.

Debe ser hija del marqués. O algún miembro de la familia.

Dicho eso, la joven se retiró, caminando con tal gracia que parecía flotar sobre el suelo.

Adentro del cuarto, el capitán, de pie frente a la ventana, la veía con una mirada perpleja.

—Lo siento, capitán. Sé que es tarde. Disculpe mi impertinencia. Regresaré mañana.

Él sacudió la cabeza:

—No, no. Mejor de una vez. ¿Todo bien? ¿Hizo algo de Kande? — El capitán se acercó a la puerta para que hablaran sin elevar la voz. Ella se quedó allí en el umbral, sin entrar al cuarto.

—De Kande es un truhan —dijo ella—, pero no es tan estúpido como pensé. Ha estado investigando al asesino del tulipán con más cuidado de lo que uno pensaría.

—Es astuto. Inteligente y astuto.

—Sí.

—¿Te dijo algo relevante?

—Me parece que sí, capitán.

Entonces ella le resumió la conversación que acababa de tener con el espadachín pelirrojo, con cuidado de enfatizar los detalles que le parecían importantes.

—Vaya —dijo él—. Ese malparido es más sagaz de lo que pensé. Puede ser que tenga razón.

—¿Lo cree?

—Sí, pudiera ser. Cuando vimos a la primera víctima, a las afueras de la Universidad Real, pensamos que no podía ser una mujer de alta alcurnia. Asumimos que había sido capturada dentro de la ciudad. Sin embargo, si fuera la hija de un señor de la marca, las cosas *pudieran* ser diferentes. No necesariamente, pero pudieran. Yo no sabía que el cuerpo de esa primera víctima había desaparecido misteriosamente. Esa información nunca me llegó. Me fue ocultada, supongo.

—¿Y la segunda víctima?

—No la pude ver. Cuando fui al mortuorio, ya no estaba. También había desaparecido. O más bien, su cuerpo fue reclamado. Sin embargo, el que lo reclamó se aseguró de no dejar rastro.

—¿Sobornos?

—Así es.

—El cuerpo de Binada, la hija del marqués de Layún, ya fue enterrado. Una ceremonia fúnebre completamente cerrada. Solo la familia cercana lo supo. El patrón con ella fue similar que con el de las primeras dos. En este caso, de Kande estuvo involucrado. Reclamaron el cuerpo con mucho cuidado de que nadie supiera que la mujer era hija de un noble.

—Entonces el asesino podría estar matando a mujeres de familias poderosas. La pregunta es por qué.

—Y lo peor es que no tenemos ninguna información para continuar las pesquisas.

—No del todo, sargento.

Entonces el capitán le contó la conversación que acababa de tener con la dama Gleaní, hija del marqués.

—Hay que visitar a ese mago —dijo la sargento.

—Lo haremos mañana por la mañana. Por ahora, descanse. Es una orden.

—Sí, mi capitán. —Lo saludó con el golpe al pecho y se retiró.

15. OTROS TIEMPOS

AL SIGUIENTE DÍA, Arjen se levantó con dolor en el vientre y, al inspeccionarse, tenía un horrible cardenal. Además, seguía sintiendo un diente flojo (un premolar izquierdo) y dolor en la cara, aunque mucho menos que ayer. Al parecer, la dama Gleani había hecho un excelente trabajo de curación.

Al abrir la puerta, encontró un banquillo con sus ropas limpias y secas, incluyendo las botas.

—Vaya —musitó.

Encima de sus túnicas, una hoja de papel que decía:

Almuerzo a la segunda campanada.

Recordaba vagamente escuchar la primera, así que se apresuró a cambiarse, pues tenía mucha hambre.

Afuera todavía llovía a torrentes, aunque ligeramente menos que ayer. Sin embargo, unas nubes negras cubrían el firmamento. Por lo menos ya no tronaba. La noche había estado llena de truenos y relámpagos, tan fuertes y cercanos que lo despertaron un par de veces. Por fortuna, pudo conciliar el sueño de nuevo.

Encima de un armario reposaba un espejo pequeño, redondo. Allí se inspeccionó la cara. Tenía un cardenal en la mejilla izquierda que su barba ocultaba parcialmente. El labio hinchado, pero solo un poco. Sí, la curación había hecho efecto.

Sonó la segunda campanada, que anunciaba la segunda hora desde el amanecer.

Descendió a la primera planta hasta encontrarse con un criado, quien le apuntó al comedor en donde se serviría el desayuno.

Fue el segundo en llegar. En la cabecera de la mesa larga estaba sentado un hombre que reconoció.

Era el marqués Daner de Layún.

Sin embargo, era apenas una sombra del hombre que había sido. Conservaba aquellos hombros anchos, pero se le notaba el peso perdido. La barba roja, antes orgullosa y bien cuidada, estaba ahora desaliñada, con parches grises que la apagaban. El cabello rubio mostraba también abundantes canas. Pero los ojos... esos seguían siendo los mismos: azules, sagaces, inteligentes; aunque ahora marcados por la falta de sueño, con esas manchas grises bajo los párpados que dejan las noches en vela.

—El mismísimo capitán Dabidji —dijo el marqués, su voz grave, sus ojos centelleando.

—Para servirle, mi señor —respondió el capitán inclinando el cuerpo.

—Han pasado los años desde la última vez que nos vimos.

—Así es, señor de la marca. Varios años ya.

—Si mi memoria no me falla, la última vez fue en el campo de Alimond, al norte de mis territorios, unas cinco leguas al oeste del Canal.

—Es así mismo, mi señor.

Entró el mayordomo al comedor y le indicó dónde sentarse, a la derecha del noble, a dos sillas de distancia.

La comida no había sido servida, pero en la mesa ya estaban puestos varios cuencos de frutas y una jarra de aguamiel que Baín le sirvió en una copa.

—Siéntate, siéntate, capitán. Eres huésped honorable en esta casa —dijo de Layún.

—Sumamente agradecido por su hospitalidad —respondió el capitán—. Lamento haber llegado sin avisar y tan tarde.

—Espero hayas sido atendido de una manera digna —dijo el marqués mirando de soslayo a su mayordomo, quien tragó saliva.

—Fuimos bien atendidos.

—¿Recibieron comida, ropa y cama?

—Sí. Muy generoso de su parte.

—Me dicen que ha venido acompañado por un sargento de la guardia.

—Así es. Y por Ogirán de Kande, quien usted ya conoce.

Como por arte de invocación, por el arco de entrada apareció el espadachín pelirrojo, seguido por la sargento Verlán. Ellos también, tras ser saludados por el señor del castillo, tomaron asiento donde les indicó el mayordomo.

Entraron entonces tres personas más. El primero, un joven alto y bien parecido, de barba roja y vestido con una espléndida túnica carmesí, quien fue presentado como Roldán, hijo.

Luego la dama Gleani, con un vestido púrpura ceñido al cuerpo, sencillo y elegante. Llevaba en el cabello una diadema plateada hecha de finas ramas de metal que imitaban el laurel, y un hermoso pendiente de piedra azul le descendía por el cuello.

Finalmente, un muchacho delgado y apuesto, de cabello rojo y sin barba, presentado como Jonaste, hijo.

—¿Dónde están Kleande y Rinde? —preguntó de Layún.

—Indispuestos, padre —respondió Gleani.

El marqués frunció el ceño, pero no dijo nada.

Entonces trajeron el desayuno: simple, pero abundante. Pan blanco caliente, una bandeja de jamón curado, queso blando y un cuenco de miel espesa. También trajeron huevos revueltos, un guiso de avena y unas cuantas truchas pequeñas.

Daner de Layún levantó las manos, palmas arriba, y dijo:

—Bendito eres, Eluvá de los ejércitos celestiales, por darnos de comer hoy. Te alabamos. Así sea.

Todos repitieron: «Así sea».

Entonces, comieron.

Apuesto que al sargento Zark le gustaría estar aquí en este momento. Nunca rechaza un buen plato.

La conversación fue escueta. El marqués comía distraído, aunque preguntó sobre el clima, la tormenta y si los establos estaban siendo bien atendidos, a lo cual Roldán respondió de manera afirmativa.

De Kande parecía haberse despertado muy recientemente, y abría y cerraba los ojos con fuerza, como si intentara enfocar la mirada. Además de eso, se hacía un masaje en la sien con la yema de los dedos.

El marqués de Layún se cruzó de brazos y se reclinó sobre la silla grande en la que estaba sentado, la cual tenía las pieles de un oso

sobre ella.

—Ah, la guerra, capitán —dijo dirigiéndose a Arjen—. Algunos días la extraño. Esa batalla en Alimond. ¿La recuerda, capitán Dabidji?

—La recuerdo, mi señor.

—Por supuesto que sí. ¡Cómo olvidarla! Dos mil quinientos hombres éramos, pero el enemigo más numeroso. Debía aventajarnos por lo menos por cuatrocientos. Esos malditos ragidianos pensaron que tenían la batalla hecha. Ah, pero ese día les dimos una probada del acero tresdino, ¿eh, capitán?

—Así fue.

—¿Recuerdas contra quién peleamos?

Arjen asintió.

—¡Contra el maldito hechicero del emperador! —exclamó el marqués.

¿Cómo olvidarlo? El emperador Glodiaga tenía a su servicio sacerdotes hechiceros, algunos de ellos como generales de ejército. Pero el más temido de todos era Jarg Marjash, el «metamorfo», y su lugarteniente, cuyo nombre no recordaba. Ambos evadieron la captura y escaparon, aunque de acuerdo a algunos testigos, Jarg Marjash había sido herido en el rostro. Arjen solo logró ver al brujo de lejos.

Me hubiera gustado matarlos yo mismo, pensó. Clavarles la espada en el corazón.

Se decía que Jarg Marjash y sus sacerdotes podían controlar mentes y mutar ellos mismos a cuerpos de osos, tigres y lobos, y aunque Arjen había sido muy escéptico en aquel entonces, el rumor era que ambos lograron evadir la captura al transformarse en animales y huir.

El marqués puso su mano sobre el hombro de su hijo Roldán:

—Me hubiera gustado que estuvieses allí, hijo mío. Estabas muy chico en ese entonces. Ese día tu padre luchó como un león. ¡Ese día corté muchos cuellos!

Por un momento le pareció a Arjen que veía aquel marqués con quien había luchado. Rememorar la guerra despertaba algo en el alma de Daner de Layún. El capitán lo recordó en el campo de

batalla, con su regia armadura, galopando hacia el enemigo con lanza al frente, sus hombres detrás de él, lanzando un grito de batalla.

—Me habría gustado estar contigo, padre mío —dijo Roldán.

—Lo sé. Eres valiente, como yo. Y mejor espadachín, también, por Eluvá que no miento. ¿Sabes quién sí estuvo allí?

—El capitán Dabidji —dijo la dama Gleani, mirándolo.

—¡Sí! —exclamó el marqués—. Ese canijo —dijo meneando el dedo índice, una sonrisa en la cara— es el soldado más despiadado que he visto en mi vida. Un escuadrón de unos cincuenta hombres, liderados por el capitán, se escabulló entre las líneas enemigas y llegó hasta el puesto de mando. ¿Y sabes qué hizo con el comandante enemigo cuando le pidió cuartel?

Arjen bajó la mirada.

Le corté el cuello. Y después de eso degollamos a todos los que se rindieron. Sin dejar uno solo vivo. Dejamos sus cuerpos tendidos en la llanura, alimento de cuervos y chacales.

—¡Le cortó el cuello! —El marqués lanzó una carcajada—. Maldito bastardo, capitán. Por si eso no fuera poco, terminada la batalla, el capitán Dabidji tenía la espada pegada a su mano derecha.

—¿Cómo dices, padre? —preguntó Jonaste.

—Como lo escuchas, hijo mío. ¡La mano se le atrincó a la maldita empuñadura! ¡Tuvo que dormir con la espada! ¿Oyeron eso? ¡Qué maravilla!

Arjen se llevó la copa a los labios para evitar ver las miradas de todos. Por encima del borde alcanzó a notar que Baín, el mayordomo, tenía los ojos abiertos de admiración... o espanto.

—Por los Siete Profetas —dijo el joven Jonaste, quien debía tener unos quince años de vida—. Eso nunca lo había oído. La espada pegada a la mano. ¡Por Eluvá!

En realidad, esa noche los huesos y articulaciones se suavizaron gracias al agua caliente, aceite y un masaje, y pudo enfundar su arma. Pero la leyenda de que había dormido con su espada se divulgó por el ejército.

—Sí —continuó el marqués—, cuando llamaron al capitán Dabidji al sur, a defender las llanuras, lo lamenté mucho. Buenos tiempos,

¿eh, capitán?

—Otros tiempos, mi señor. Agradecido a Eluvá por la paz que ahora nos concede.

Daner de Layún afirmó con la cabeza, pero respondió, serio:

—Por un tiempo, por lo menos. Por un tiempo. —Repentinamente el semblante del señor del castillo se ensombreció. Sus ojos se perdieron. La piel pareció pegársele a los huesos.

Una de sus hijas ha muerto y la otra está desaparecida, pensó Arjen. Para él, éstos no son tiempos de paz.

El marqués respiró hondo y dijo:

—Mi hija me ha informado sobre el plan de ir a visitar al mago.

Ahora fue ella quien bajó la mirada e intentó ocultar que se sonrojaba.

—No quería decírmelo, pero ella no sabe mentirme. Pues bien, capitán, ¿ese es el plan?

—Lo es, mi señor. Iremos para hacerle algunas preguntas.

—Espero que lo encuentren. Yo mismo lo he estado buscando, sin éxito.

—Eso no lo sabía, padre —dijo la dama Gleani, sorprendida.

—¿Pues qué, un padre debe decirle a su hija todos sus asuntos? Sí, lo he mandado buscar, pero no está en su casa. Así que, si la Providencia está de su lado, lo encontrarán.

—Esperemos que así sea —respondió Arjen.

El marqués se pasó la lengua por los dientes, una mirada intensa e inescrutable en su rostro.

—Pero tengo una condición para ello —dijo—. O más bien, una petición. ¿Negarás la petición de tu antiguo comandante de guerra?

Maldita sea. Odio cuando me ponen en situaciones como estas.

—Por supuesto que no, mi señor.

—Bien. Yo fui bueno contigo. Ahora sé bueno conmigo. Mi petición es sencilla. Si irás a ver al mago, llevas contigo a de Kande y a mi hijo Roldán. Quiero que ellos escuchen cada palabra y me informen. Al final, soy yo el que ha sido afrentado. Es mi honor. Son mis hijas.

Arjen maldijo para sus adentros. ¿Llevar a su hijo? Mala idea. Solo los retrasaría. Además, este era un asunto oficial. Ya de por sí

traer al pelirrojo le fastidiaba, ¿pero ahora al hijo del noble? ¿Y si resultaba ser como el otro? ¿Un bueno para nada?

Pero ya no podía echarse atrás, por lo que respondió:

—Está bien.

—¿Cuándo saldrán?

—En cuanto la lluvia lo permita.

16. LO JURO

DECIDIERON SALIR POR la tarde, cuando parecía que la tormenta menguaba.

Antes de que eso sucediera, el capitán tuvo dos encuentros interesantes.

El primero fue con el marqués de Layún, quien le pidió sentarse junto a él cuando los demás abandonaban el comedor.

—Capitán —dijo—. De Kande me ha puesto al tanto de lo que sabe. Sé que están persiguiendo a un asesino, y que mi hija no es la primera víctima.

—Por el respeto que tengo por usted, y por las batallas que peleamos juntos, se lo diré, mi señor. Está en lo correcto. Que sepamos, su hija sería la tercera víctima.

—Cuarta, si también... mata a Vainán.

—Haremos lo posible para que eso no suceda.

—Pero ¿cuál es el motivo?

—¿Por el que ha matado? —preguntó el capitán.

Daner de Layún asintió.

—Todavía no lo sabemos. Quizás sea por demencia. Quizás haya algo más.

—¿Algo más? ¿Como qué?

El capitán lo dudó por un momento, pero decidió preguntar:

—Su hija me dijo que el mago mencionó algo sobre descubrir un secreto oculto.

El marqués palideció. Se rascó la barba, su mirada se perdió en algún punto del techo. Luego miró a su alrededor, asegurándose de que estaban completamente solos y que nadie escuchaba.

—Lo que estoy a punto de decirle, capitán, nadie lo sabe. Ninguno de mis hijos, excepto Roldán. Ni siquiera Gleani.

—Cuenta con mi discreción, mi señor.

El marqués se movió inquieto en su silla.

—Si algún día esta información sale a la luz, sabré que fuiste tú, capitán. No solamente negaré todo, sino que además usaré todos mis recursos para acabar con tu vida. ¿Me entiendes?

—Lo entiendo perfectamente, marqués.

—Sabes que lo haría, ¿cierto?

—Lo sé.

—Bien... bien... —dijo. Un sudor le había brotado en la frente—. ¿Has oído de la Sociedad del Eclipse, capitán?

Arjen entornó los ojos:

—Por supuesto. Una banda criminal. Personas de poder. Traidores al reino.

—Exactamente. Una sociedad secreta con mucho dinero. Y cuando digo mucho dinero, capitán, me refiero a *mucho*. ¿Sabes cuál es su misión?

—Desestabilizar el reino y quitar al rey del trono.

Daner de Layún afirmó con la cabeza.

—¿Y poner a quién? —preguntó el capitán.

—Eso no lo sé con certeza. Probablemente a alguien en su círculo cercano. A uno miembro de la Sociedad.

—¿Alguien como usted? —se atrevió a decir.

—No. Yo no. No acepté unirme, capitán. Hace casi dos años me visitó aquí mismo, en el castillo, un hombre de un ojo blanco.

Recordó Arjen que, cuando le cortaban el pulgar a don Nadalo, había gritado eso: «*Tiene un ojo blanco*».

El marqués continuó:

—El «Mensajero», se hace llamar. En aquel tiempo, cuando me visitó esa primera vez, yo tenía una deuda significativa con el duque de Nurani. Miles de escudos en deuda por un negocio fracasado.

—Y le ofrecieron pagar la deuda a cambio de algo.

—Exactamente. El del ojo blanco no me dijo que pertenecía a la Sociedad del Eclipse. Eso vino después. Primero, me dijo que representaba un grupo interesado en ayudar a personas importantes a cambio de pequeños favores.

—Espionaje, me imagino.

—Así es. Cosas insignificantes, al principio. Cada vez que había una junta del consejo real, Ojo Blanco me visitaba y me hacía un par de preguntillas. Inocentes, estúpidas, sin trascendencia. Y siempre traía una bolsa llena de monedas. Fui un tonto. Me tendían una trampa. No pude ver la red a mi alrededor hasta que fue demasiado tarde.

—Disculpe la pregunta, mi señor, ¿pero no es usted un hombre adinerado?

—La mayoría está invertido en negocios y tierras. Tierras que no puedo ni vender ni mantener, y negocios que ya no dan la plata que daban. No tengo dinero disponible, a la mano, como el que llegué a tener años atrás. Así que, cuando me ofrecieron dinero fácil y rápido a cambio de un poco de información... acepté. ¡Era como hacer un gran negocio! Hasta que un día me pidieron informarles detalladamente el itinerario del rey, incluyendo sus entradas, salidas y las personas que lo estarían resguardando. Me ofrecieron mucho dinero, muchísimo, pero me negué.

—¿Cuál fue la reacción del hombre del ojo blanco?

—Para entonces yo ya sospechaba que se trataba de la Sociedad del Eclipse. Pero fue allí cuando me lo confirmó. Me dijo que no tenía opción. Me dijo que, si no les daba esa información, sería considerado traidor a la Sociedad, y que la paga por mi pecado sería la muerte. Primero la de mi familia, y después la mía propia.

Arjen se quedó pensando.

—Pero ¿cómo sabemos que esto tiene que ver con la Sociedad del Eclipse? —dijo—. Quizás el asesino no está relacionado con ellos.

—El tulipán negro, capitán.

—¿El tulipán? ¿Qué tiene que ver?

—La Sociedad tiene sus códigos y señales secretas. El círculo con la raya oblicua es el símbolo de la Sociedad. La rosa roja, símbolo de la vida. Y el símbolo de la muerte es...

—El tulipán negro.

—Exactamente. Ojo Blanco me lo dijo en su última visita, antes de que lo expulsara de este castillo y le dijera que jamás regresara.

Si esto es verdad, pensó Arjen, significa que las muertes son mensajes de la Sociedad. Están cobrando deudas con la vida de

mujeres.

—Estoy maniatado, capitán. Si digo algo, o si el secreto es expuesto, seré enjuiciado como traidor. Si no hago nada, matarán a mi segunda hija, y probablemente al resto de mi familia, poco a poco. Y luego a mí.

—¿Cómo lo sabía el mago?

—No tengo idea. Pero es un profeta del Viviente. Quizás fue por revelación.

—¿Se lo preguntó usted al mago?

—No. Como dije, desde ese día no lo he vuelto a ver. Lo mandé llamar, pero su casa estaba deshabitada, según mi hijo. No tengo idea de dónde está ni adónde fue.

—Pues lo buscaremos. Si no lo hallamos en su casa, lo buscaré, y lo encontraré.

—¿Encontrarás al asesino?

—Lo juro por Eluvá.

—¿Qué harás con él cuando lo encuentres?

—Lo mandaré al calabozo. Y que la justicia del rey se encargue.

—¿Morirá en la horca?

—Probablemente.

—Yo podría ser esa horca, capitán. Cómo me gustaría retorcer ese cuello con mis propias manos. Daría tierras por ello.

El capitán guardó silencio.

—Sé que usted no es uno de ellos, capitán. No es de los que se deja comprar. Eres un maldito despiadado, pero tienes un código.

Arjen se encogió de hombros:

—Así fui enseñado.

—Bien enseñado, diría yo. Pero de todas maneras, capitán... piénsalo.

El capitán no se atrevió a responder.

El marqués interpretó el silencio.

—Solicito permiso para retirarme, mi señor.

Daner de Layún asintió con la cabeza. Antes de que el capitán cruzara el umbral de la puerta, escuchó la voz grave del hombre:

—Encuétralo, capitán.

17. LA BIENVENIDA

EL SEGUNDO ENCUENTRO interesante fue justo antes de salir al patio del castillo, cuando se ajustaba su cinturón de armas.

Escuchó una voz a sus espaldas:

—Capitán Dabidji...

Era la dama Gleani. Se le aceleró un poco el corazón al verla.

—Para servirle, mi señora.

—Solo quería..., solo quería decirle que no suelo ocultarle cosas a mi padre. Eso hacen todos mis hermanos y hermanas, pero yo no. Cuando me preguntó esta mañana, tuve que decirle sobre mi conversación con usted.

—No se preocupe por eso, dama. Lo entiendo. De todas maneras, no traicionó mi confianza. Nunca le dije que mantuviera nuestra conversación en secreto. No podría.

—Gracias por lo que hace. Por investigar.

—Es mi deber.

—¿Cree encontrar a mi hermana viva?

—Eso no lo sé, dama... pero eso espero.

—Yo también. La odiaba, sí. Pero es mi sangre. Sería una pena enorme perder dos hermanas así. Por el bien de la familia y el de mi padre. Usted mismo lo vio: no es el que era.

Arjen asintió lentamente.

—Espero no parecer atrevida o imprudente, capitán, pero me gustaría hacerle un obsequio.

—¿Un obsequio? No es necesario.

—Yo lo sé. Pero no me lo niegue. Es algo pequeño, lo prometo. ¿Lo aceptará?

—Yo...

—Por Eluvá se lo pido.

Ella se quitó el hermoso pendiente que llevaba al cuello. Era una exquisita piedra azul, del tamaño de una monedita.

—Este no es un zarcillo cualquiera —dijo—. Es un amuleto bendecido, capitán. Un sacerdote supervisor lo ungió con aceite sagrado en el Templo Mayor. Sirve para bloquear hechizos. ¿Usted cree en eso?

—No del todo.

—Pues yo sí, capitán. Quizás lo proteja a usted. El viejo Ramdán dijo que un hechicero y heraldo había llegado a la ciudad.

—Lo recuerdo.

—Algo me dice que usted está lidiando con maldad. Con mucha maldad.

Todo indica que tiene razón. Maldad. Traiciones. Usura. Poder. Una maldita mezcla infernal.

Ella puso el dije en la mano de Arjen, suplicándole que se lo colgara al cuello, oculto detrás de su túnica. Él accedió.

—Que Eluvá le proteja —dijo ella, y le extendió la mano, la cual él besó.

—::—

Salió al patio. La lluvia seguía descendiendo con persistencia.

Con el manto encima y el capote puesto, el capitán se dirigió a la sargento, a de Kande y a Roldán:

—¿Están listos?

Dijeron que sí.

Roldán, con el manto marrón abrochado hasta el cuello y poniéndose la capucha, dijo:

—Conozco el camino más rápido a la morada del viejo mago.

—Entonces guía —dijo Arjen.

Cruzaron el patio, pasaron la puerta de la muralla, descendieron la pendiente, cruzaron unas calles completamente abandonadas y continuaron por el camino mal adoquinado.

—Nos duró poco la ropa seca, capitán —dijo de Kande, bien arrebujaado.

—Además de este maldito frío —replicó Roldán.

El hijo del marqués llevaba encima un manto largo que daba evidencia de haber sido bien usado, además de unas botas viejas. Eso era buena señal: significaba que estaba acostumbrado a salir, en lugar de pasar el día de palacio en palacio, como acostumbraban la mayoría de los hijos de los nobles.

Quizás no sea tan malo como su hermano mayor.

Habría pasado la mitad de una hora cuando Roldán se detuvo y apuntó:

—Es allí. Esa es la casa.

—¿Esa? —preguntó la sargento—. Pensé que era una teja.

—Hace años lo era —respondió Roldán—. Pero supongo que la plata que le da mi padre a ese viejo le ha servido para mejorar su morada.

Era, más bien, una casa grande de madera, de tres plantas, con varias ventanas y techos de dos aguas, además de una pequeña torre en la parte de atrás con un techo cónico de teja. No era la casa de un noble, pero definitivamente tampoco la de un hombre pobre.

La lluvia arreció, y los truenos regresaban.

—¿Qué es esto, una tormenta eterna? —dijo de Kande, acomodándose la capucha.

Se acercaron, cruzando una pequeña muralla de piedras que delimitaba el terreno. Llegaron al porche techado donde estaba la puerta.

—Supongo que habrá que llamar —dijo la sargento.

Roldán, sin embargo, probó el picaporte.

—Está abierto —dijo.

—¿Abierto? —dijo de Kande—. ¿Estaría esperando visita, en semejante tormenta?

Entraron.

Todos encendieron vela, pues ninguna lámpara alumbraba el interior. En lugar de una estancia, el recibidor era un pequeño cuarto redondo con tres entradas sin puerta que daban hacia un pasillo.

—¿Qué es esto, un laberinto? —dijo la sargento Verlán.

—Ese Ramdán es un lunático —dijo de Kande.

—¡Maese Ramdán! —gritó Roldán—. ¡Maese Ramdán!

Silencio absoluto.

—Yo buscaré por acá —dijo Roldán, acostumbrado a dar órdenes, y tomó el pasillo de la derecha.

—Yo iré por este —dijo de Kande, apuntando al de en medio.

El capitán y la sargento fueron por el de la izquierda, un pasillo lateral muy largo y sin puertas. Terminaba en una construcción semicircular con unas escaleras de caracol hechas de hierro.

Subió el capitán primero, seguido por Alana.

Al llegar arriba, se encontraron con una habitación rectangular de unos veinte pasos de largo por quince de ancho, llena de animales disecados. La mayoría eran animales pequeños, como ardillas, tejones y zorrillos; algunos sobre mesas, otros encima de armarios y algunos en repisas en la pared. También vieron el busto de un oso, varios coyotes y por lo menos cinco venados.

—¿Los habrá cazado él? —se preguntó en voz alta la sargento.

—A saber —respondió el capitán.

—¡Profetas! Tanto animal muerto huele *horroroso*.

—Ese olor no proviene de los animales disecados.

—¿No?

Arjen negó con la cabeza:

—Huele a cuerpo muerto.

La habitación tenía dos puertas: una al otro extremo y otra en la pared izquierda.

El capitán, por instinto, desenvainó su espada, la sargento haciendo lo mismo.

Caminaron hacia la puerta en la pared de la izquierda. Estaba entornada. El capitán la empujó y entró, seguido por Alana. Un poco de luz entraba por un ventanal grande de cristal.

—Eluvá bendito... —dijo la sargento, horrorizada.

El mago Ramdán les daba la bienvenida con ambas manos extendidas.

Manos que, por cierto, estaban clavadas a la pared.

18. QUIÉN DEMONIOS

EL MAGO ESTABA completamente desnudo, con las manos extendidas y un clavo atravesándole cada muñeca.

Las piernas, abiertas, tenían también un clavo en cada empeine, el cuerpo suspendido a una vara² del piso.

El rostro, arrugado por la edad, mostraba cabellos blancos y enmarañados que le caían por los hombros. No tenía barba, y los labios se tensaban en un rictus espantoso. Parecía que su cara se hubiera quedado petrificada en un instante de terror puro: los ojos, muy abiertos, como si fueran a saltar de las cuencas; la boca entreabierta, mostrando los amarillos y retorcidos dientes, a punto de soltar un grito que se quedó atorado en la garganta.

Además de eso, tenía cardenales, magulladuras y cortadas por todo el cuerpo. Le faltaban varios dedos de los pies y de las manos.

Había sido torturado.

Por si fuera poco, el mango de una navaja sobresalía de su corazón, la sangre seca descendiendo de la herida por el cuerpo arrugado y lleno de cortes.

Es mi navaja, pensó Arjen. La que le enterré al de negro en el hombro izquierdo.

—Eluvá bendito —dijo de nuevo la sargento, y se llevó la mano a la garganta, intentando evitar vaciar el desayuno en el suelo.

Arjen se acercó y sacó la navaja. Un hilo de sangre nueva descendió desde la herida. Sacó un pañuelo de su cinturón de armas, limpió el arma y la guardó.

—No tiene mucho que lo mataron —dijo Arjen.

La sargento enfundó y sacó también un pañuelo con el que cubrió su nariz y boca. Se acercó al cadáver.

—Lo torturaron por mucho tiempo.

—Sí, sargento. Lo clavaron primero, vivo, y después lo fueron cortando.

—¿Cómo lo cargaron para colgarlo allí? Se necesita mucha fuerza.

O hechicería, pensó Arjen.

—Siete Profetas —exclamó la sargento, y puso el candelabro sobre un buró—. Parece que alguien está cubriendo sus pasos. Deshaciéndose de cabos sueltos.

—Sí.

—Pero si es el asesino del tulipán, ¿dónde está el tulipán?

—Mira —dijo el capitán apuntando—. La boca.

Algo tenía el cadáver atorado en la boca, algo negro, y no era la lengua.

Poniéndose sobre la punta de los pies, el capitán sacó el objeto pinchándolo con índice y pulgar.

Era un tulipán negro, sin el tallo.

Al capitán se le revolvió el estómago, y dejó caer al suelo la flor, húmeda por la saliva del muerto.

—Dios mío —dijo la sargento—. Llamaré a los otros. —Se giró sobre sus pies. Probablemente eso fue lo que los salvó, pues al hacerlo lanzó un grito ahogado y desenfundó.

Cuando el capitán hizo lo mismo, adoptando posición de defensa, vio que tres figuras vestidas con mantos oscuros —empuñando acero, y con la mitad inferior del rostro oculta tras una pañoleta negra— se habían introducido en la habitación sigilosamente.

Y algo más: los ojos de los tres brillaban.

El capitán identificó inmediatamente ese resplandor ocular. Era diferente al de Farrajat de Ayul. Este más bien era el resplandor de aquel «polvo mágico», apodado «el zorro», que daba fuerza y rapidez a quienes lo inhalaban. Por su mente cruzó un pensamiento fugaz: don Nadalo traficaba ese polvo con la Sociedad del Eclipse.

Detrás de los tres, en el umbral de la puerta, un cuarto hombre. Al igual que los tres, vestía todo de negro, con una capucha puesta y el rostro velado tras la pañoleta. Sus ojos, sin embargo, no brillaban.

—¿Quién demonios son...? —dijo la sargento.

—Atenta, sargento, serán veloces —dijo el capitán sin poder explicar más.

El cuarto hombre dijo:

—Mátenlos.

Los tres de negro se abalanzaron sobre ellos.

Uno se fue contra Arjen, dos contra Alana.

Uno contra mí porque piensan que soy el eslabón débil. Soy el viejo. Pues les demostraré lo contrario.

Recordaba bien que, aunque el polvo magnificaba la fuerza y rapidez de la persona, no la hacía más diestra con la espada. Simplemente más rápida.

Su contrincante, con un grito animal, dio un salto e hizo descender la espada en arco vertical. Arjen se defendió con un fuerte espadazo que hizo saltar chispas y, aprovechando la proximidad de su enemigo, le dio un codazo justo por debajo de la barbilla, en el cuello. El de negro trastabilló hacia atrás, los ojos amarillos bien abiertos, se llevó una mano a la garganta e intentó defenderse del contraataque. Arjen, de un sablazo, lo dejó descubierto y le enterró la espada por el vientre, sintiendo el acero cortando carne y rozando el hueso de su columna. Sacó el arma y remató destrozándole la cara; carne, sangre y dientes volaron por el aire.

Se apresuró para ayudar a la sargento, quien estaba en aprietos, luchando contra los dos y defendiéndose admirablemente, lanzando maldiciones, gritos y estocadas.

El capitán aprovechó que estaban distraídos con la sargento, confiados en que su compinche sería suficiente para deshacerse del más viejo.

Así que, para recompensarlos por dicha confianza, le metió al más cercano el filo de la espada por la espalda, a la altura del riñón, entrando la hoja como en mantequilla. El herido arqueó la espalda y lanzó un grito que fue silenciado cuando la sargento le cortó el cuello, un chorro de sangre salpicándola en el pecho.

Escucharon el juramento de sorpresa del cuarto hombre, quien contemplaba la batalla desde el umbral de la puerta pero sin unirse a ella.

El tercer espadachín, sin amedrentarse, se lanzó contra el capitán haciendo una finta y logrando alcanzarlo cerca del muslo, cortando la túnica pero sin llegar a la piel. No pudo contra los dos. La sargento lo hirió en el hombro del brazo que empuñaba la espada, y el capitán le dio un machetazo que, además de destruirle la oreja, le abrió la quijada. Cayó al suelo, retorciéndose, la sangre borbotando desde las heridas.

El moribundo, que dejaba ya de moverse, tenía un tatuaje en el dorso de la mano, justo por debajo de la palma.

Era un círculo con una línea oblicua. El símbolo de la Sociedad del Eclipse.

Esto lo confirma. Son soldados de la Sociedad.

El cuarto hombre desapareció, huyendo a la derecha.

—¡Tras él! —gritó la sargento.

—¡Espera, sargento! —dijo el capitán, pero ella ya salía por la puerta.

Él había perdido su vela en el combate, y el candelabro de mano de la sargento seguía sobre el buró.

La sargento salió en persecución del otro sin luz alguna.

Así que, apresurándose, corrió al buró, tomó el candelabro y se detuvo al dar un paso.

Dos espadachines entraban al cuarto.

Maldita sea.

19. YO NO

ALANA PERSEGUÍA AL de negro por un pasillo, sin poder ver bien.

El perseguido se metió por una puerta a la izquierda, atravesó otro corredor largo, luego una puerta con unas escaleras hacia abajo, cruzó un comedor, salió por el umbral de una puerta localizada en el extremo del salón hacia una habitación rectangular, grande, llena de triques, como si fuera una bodega, la cual era pobremente iluminada gracias a tres ventanas de cristal que dejaban pasar un poco de pálida luz gris.

El hombre encapuchado corría rápido. Aunque ella tenía excelente condición física, no le daba alcance.

Ahora le sacaban la vuelta a mesas, cajas, armarios, jarrones, candelabros; incluso le pareció ver un par de escudos y algunas lanzas.

—¡Detente, en el nombre del rey! —le gritó.

El otro súbitamente dio un giro y le lanzó un espadazo que la tomó por sorpresa. Alcanzó a desviar el filo en el último momento, pero su contrincante arremetió inmediatamente con vehemencia, haciéndola retroceder.

Ella recuperó su equilibrio y contraatacó, maldiciendo entre dientes.

Ahora fue el otro quien dio pasos atrás. Además de la capucha, le ocultaba el semblante un pañuelo gris oscuro igual al que tenían los otros espadachines.

—¡Tira el arma, bastardo! —gritó ella—. Somos cuatro. Estás rodeado.

—¡No lo entiendes! ¡Lo arruinarás todo! —le respondió con una voz aguda y desesperada.

—¿Qué?

—Esta era la única manera. ¡La única!

—¿Dónde está la muchacha? ¡Dime, asesino!

—Ella está bien. Es solo garantía.

—¡Dime dónde está! Estás rodeado, ríndete.

Una sombra, a su espalda. Se dio la vuelta para ver a dos espadachines avanzando en silencio sobre ella. El primero, a dos pasos de distancia, extendió su espada y la alcanzó en la axila izquierda. Sintió el filo entrando y saliendo, lanzó un grito y, con instinto animal, usó el pomo de su espada para golpear al que tenía enfrente, tan cerca que olía su aliento agrio incluso a través del paliacate. El enmascarado levantó el hombro para desviar el golpe, pero el pomo le dio en la sien. Los ojos se le cruzaron, las piernas se le doblaron y cayó al suelo, un gemido saliendo de su garganta.

Ahora tenía que lidiar con el segundo, que ya levantaba la espada para atacar.

Me atravesará la espalda el asesino, pensó horrorizada, lanzando una rápida mirada sobre su hombro.

Una puerta lateral se abrió dando paso a de Kande, sudoroso y jadeando, con sangre bajándole de la cabeza y manchándole el cuello y la túnica. Al pelirrojo se le abrieron los ojos grandes, hizo una mueca de ira y, gritando una blasfemia, corrió con la espada al frente hacia el encapuchado.

Eso le dio tiempo a Alana de hacer espacio entre ella y su oponente, quien lanzó tres estocadas que solo cortaron el aire.

¿Dónde está el capitán? ¿Dónde está Roldán?

A su contrincante le brillaban los ojos, un color amarillo pálido. Ya lo había notado en los primeros, y no sabía lo que significaba, excepto que les daba una rapidez extraordinaria: la manera en que se deslizaban por el suelo, el vigor con el que contraatacaban, la fuerza de cada espadazo.

—Te destriparé, perra callejera —dijo su contrincante.

Las espadas chocaron. Las chispas volaron. Blasfemias fueron intercambiadas. Y Alana, con una finta baja y ataque alto, le metió la hoja de la espada por la boca, saliendo la punta por la nuca.

Atrás de ella escuchó un grito de dolor.

Alana no veía a de Kande porque estaba exactamente del otro lado del encapuchado. Pero solo le tomó a ella un palpar del

corazón para saber que el pelirrojo estaba en problemas, porque su enemigo lo tenía literalmente arrinconado.

Suprimió el grito que sentía atorado en su garganta y corrió lo más rápido que pudo, como un felino, sin hacer ruido.

Todo se convirtió como en un sueño; los objetos desaparecieron a su alrededor y, de pronto, su visión fue como de un túnel, en donde todo lo que veía era su objetivo: la espalda del asesino.

Cuando llegó hasta él, le incrustó la espada con tanta fuerza que la hoja se deslizó hasta la guarda, y luego ella se estrelló también contra su enemigo, fuerte, su cara contra la parte de atrás del cráneo, tan fuerte que vio puntos luminosos, perdió el agarre de su arma y se fue al suelo, cayendo sobre su sentadera y evitando con sus manos irse de espalda.

Frente a ella, a unos dos o tres pasos de distancia, el encapuchado, con la espalda arqueada y la espada incrustada. Se quedó de pie, tambaleándose, perdió su espada y cayó al suelo, de bruces, con la espada todavía incrustada.

Vio a de Kande.

Estaba de pie, recargado en la pared, sus ojos abiertos, sorprendido.

Al espadachín pelirrojo se le resbaló la espada de la palma y rebotó en el suelo. Se llevó la mano derecha al corazón y dijo:

—Creo que..., creo que...

Una mancha roja se extendía en su túnica, en el pecho a la altura del corazón.

Entonces Alana entendió lo que había sucedido. Su espada no solamente había atravesado la espalda del de negro, sino también el pecho del pelirrojo.

—*Profetas...* —gimió ella, aterrada.

Se puso de pie rápidamente y se acercó a de Kande.

Él la miró. La cara completamente pálida.

—Parece que... —dijo él, sus ojos temerosos.

Ella inspeccionó la herida. Inmediatamente supo que era mortal. Levantó la vista. Los ojos de ella apenas a un palmo de los de él.

—De Kande... yo... yo *no*...

El pelirrojo abrió la boca e intentó decir algo. Su mirada se perdió y se desplomó en el suelo. Dio un espasmo, y no se movió más.
Alana gritó. El aullido de un alma en pena.

20. MALDITO BASTARDO

ALANA ESCUCHABA SU propia voz muy lejana.

Estaba arrodillada junto a de Kande, agitándolo por la túnica y dándole palmadas en las mejillas. Pero el espadachín pelirrojo era un muñeco de trapo.

—Despiértate, maldito, despiértate, de Kande, así no, así no..., Eluvá bendito, Eluvá, por qué, yo no quise, no, ide Kande, *despierta, bastardo!*

A su izquierda, un gemido.

Era el asesino, moribundo pero respirando.

Ella gritó algo que no pudo recordar, y ahora estaba encima del otro, le dio una cachetada y le arrancó el pañuelo.

Sintió como si se le saliera el espíritu.

—¿Qué...? —susurró ella.

Era Roldán.

—Maldita seas —dijo el hijo del noble, que tenía los dedos de la mano derecha alrededor de la hoja de la espada que le salía por el pecho, cortándole la mano—. Maldita seas, ime has matado, zorra!

Alana comenzó a temblar.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Tú...?

Escuchó pasos acercándose y pensó:

Esto no se ha acabado. Hay más espadachines, y terminarán conmigo. Nunca sabré por qué. Nunca sabré qué está pasando.

Sin embargo, era el capitán Dabidji.

—Siete Profetas... —dijo—. Sargento, ¿estás bien?

—Lo maté, capitán.

—¿A Roldán? —dijo Arjen, viendo el rostro descubierto.

—Maté a de Kande.

—Eluvá bendito... —dijo al ver el cuerpo—. ¿Por qué?

—Sin querer. Yo no quise. Yo no quise, capitán. —Unas lágrimas le brotaron de las comisuras de los ojos.

—::—

Arjen trataba pensar sobre la escena frente a él.

En una esquina, de Kande, tirado, las piernas en un ángulo extraño, los párpados semiabiertos, la piel blanca, la boca torcida.

La sargento, temblando, a punto de entrar en algún tipo de crisis, respirando profundamente e intentando controlarse.

Roldán, vestido todo de negro, malherido. Recordó que el hijo del noble había salido del castillo con otro manto encima, completamente cerrado hasta el cuello, probablemente para ocultar la túnica negra que ahora llevaba puesta.

Se acercó al herido y le descubrió el hombro izquierdo.

—No es —dijo Arjen.

—¿No es qué? —preguntó la sargento, su voz apenas audible.

—No es el asesino del tulipán. Al asesino yo le incrusté mi navaja aquí —dijo, apuntando.

Roldán sonrió, abrió la boca para hablar pero le dio un ataque de tos, escupiendo sangre.

—Eran dos esa noche —continuó el capitán, reflexionando y cayendo en cuenta—. El que me atacó a mí traía un gabán y un sombrero. El que atacó a de Kande era él, Roldán: andaba en túnica y capuchón puesto. Por eso el tiempo de los ataques no cuadraba bien. Eran dos.

Roldán se reía:

—Bien pensado, perro del rey.

Alana dijo:

—Ayer en la noche vi a Roldán llegar al castillo, y aunque no alcancé a ver su manto, estaba empapado.

—Seguramente cuando huyó de ustedes se escondió primero, luego arribó al castillo, después de que nosotros llegáramos.

—Entonces ¿no es él el asesino del tulipán? —preguntó ella.

—Son unos estúpidos —dijo Roldán—. Lo arruinarán todo.

—¿Dónde está el asesino? —dijo Arjen—. ¿Quién eres, su ayudante?

—¿Su ayudante? —respondió Roldán—. Uno de ellos. Uno de muchos.

—¡Pero eran tus hermanas! —exclamó Alana.

—¡Hermanastras! —respondió él, dilatando las fosas nasales, iracundo—. Las dos eran unas sanguijuelas malagradecidas, siempre poniendo a la familia en vergüenza, siempre considerándose superiores. Además, era la única manera de que mi padre accediera. ¡La única!

—¿Accediera a unirse a la Sociedad del Eclipse? —dijo el capitán.

—Vaya, capitán. No eres tan tonto como pensé.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué es tan importante que se una a la Sociedad?

—Es eso o la ruina —dijo Roldán, su voz apagándose—. Eso o la muerte. La Sociedad es poderosa. Mi padre pensaba que yo no sabía nada...

—Pero tú ya te habías unido a ella —dijo Arjen, adivinando.

Roldán asintió:

—Además... ¿qué ha hecho ese maldito rey por nosotros? Es un joven inepto.

—Entonces —dijo Alana—, ¿él fue el que atacó a de Kande? ¿Decía de Kande la verdad?

—Debí haberlos matado entonces —musitó Roldán.

Arjen dijo:

—Roldán estaba con el asesino del tulipán, siguiéndote, Alana. No dudo que Roldán facilitó información para el secuestro de sus hermanastras. Tú estabas investigando, haciendo las preguntas correctas. Así que te siguieron incluso en medio de la tormenta. Uno de ellos, o quizá ambos, nos espiaban desde la entrada secreta, pero los descubrimos. Nos separamos, y Roldán atacó a de Kande; el asesino del tulipán, a mí. Pero el asesino me dejó vivo. ¿Por qué?

—No sé por qué —dijo Roldán, los dientes rojos de sangre—. El heraldo hace lo que el Ojo le dice.

—¿Quién es el Ojo? ¿Ojo Blanco?

El hijo del noble no respondió, sino que gruñó de dolor.

—¿Cómo pudo prepararnos esta emboscada? ¿Cómo supo que vendríamos aquí? —dijo la sargento.

—Tuvo tiempo, toda la mañana para enviar un mensaje.

Roldán no respondió, pero su semblante indicaba que habían acertado.

—¿Por qué mataste al mago? —dijo Arjen.

Roldán exhaló largo, como cansado. Dijo:

—Fue muerto con su maldita hechicería. Yo solo ayudé.

—¿Por qué? ¿Por qué matarlo así?

—Porque dijo demasiado, ese maldito hijo del infierno —susurró Roldán—. Y todo con tal de tener a mi padre de su lado, con tal de tener un poco más de dinero en el bolsillo. ¡Era un charlatán!

Así que el mago Ramdán sabía, pensó Arjen. De alguna manera sabía lo que venía, que las hijas del noble serían raptadas. Quizás era él también parte de la Sociedad del Eclipse, o de alguna manera se enteró. Pero habló de más, y decidieron matarlo.

—Si el asesino del tulipán me dejó vivo, por qué querías matarnos?

—Él te lo advirtió, capitán. Te dio una oportunidad. ¿Y qué es lo primero que hiciste? ¡Desaprovecharla!

—¿Dónde está tu hermana? —dijo el capitán, acercándose a la cara del moribundo—. ¿Dónde la tiene?

Roldán negó con la cabeza:

—No te lo diré, perro. Ella es la garantía.

—¡Dime dónde está! Se lo diré todo a tu padre. Él sabrá esto. Se acabó, Roldán, ¡dime dónde está!

—¿Le dirás todo a mi padre, capitán? Mi padre nunca te creerá. Mi padre pensará que tú eres el responsable por mi muerte y la de de Kande. Te matará en cuanto se le digas, no te dejará salir con vida. Nunca te creerá.

Usando su propio manto como guante para no cortarse los dedos, Arjen agarró la hoja de la espada carmesí que salía del vientre de Roldán.

—Te haré sufrir si no me dices.

—No diré nada.

Arjen empujó la hoja hacia abajo, desgarrando piel.

Roldán rugió de dolor.

—¿*Dónde está?*

El hijo del noble miró a Arjen y le escupió en la cara, sangre y saliva viscosa.

El capitán empujó más, cortando vísceras y vientre, la sangre emanando, manchando la túnica y el suelo. Un olor agrio, al vaciar Roldán su vejiga.

—Capitán... —dijo Alana—, no creo que deba...

—¿DÓNDE ESTÁ?

Roldán aulló, la herida abriéndose más. Miró de nuevo al capitán. Sus ojos desorbitados por el dolor. Su rostro se tornó en uno de ira, una ira que no parecía capaz de expresar y, entre dientes, dijo:

—Si hay un inframundo, te espero allí, perro.

Y se desvaneció. Luego expiró.

—Maldito bastardo. Púdrete en el infierno —dijo el capitán.

21. MUCHO QUÉ HACER

—¿CAPITÁN? ¿CAPITÁN?

Arjen no se concentraba. Una multitud de pensamientos cruzaba su cabeza como lluvia de flechas.

—¿Capitán? —escuchó de nuevo la voz de Alana.

Se puso de pie, mirando el cadáver de Roldán. Luego el de de Kande.

Agitó la cabeza y dijo:

—Nos ha ganado, sargento.

—¿Cómo?

—El asesino del Tulipán, el «Heraldo», quien quiera que sea, nos ha ganado.

Un silencio.

Arjen se puso de pie y dio un paso hacia atrás para que el círculo de sangre que crecía sobre el cuerpo de Roldán no le manchara las suelas.

—Yo... —dijo Alana—. Yo no sabía que... yo no quería matarlo.

—¿A de Kande?

—A ninguno, en realidad. No sabía que Roldán era traidor.

Yo tampoco. Me engañó. ¿Será que debí haberlo intuido? ¿Será que me estoy poniendo demasiado viejo para esto?

—Olvida eso, sargento. Olvídate de él. De ellos.

—Pero...

El capitán puso ambas manos sobre los hombros de Alana Verlán.

—Escúchame, sargento. Esto es daño colateral. Así es la guerra. Y el asesino nos lleva ventaja. Tendrás que olvidarte de lo sucedido. De Kande es un soldado caído. Si vamos a atrapar a ese maldito hijo de Doriatán, tendrás que concentrarte. ¿Sí?

Ella tenía los ojos perdidos.

—No merecía morir así —balbuceó ella.

Arjen volteó hacia el cuerpo del pelirrojo. Tenía un semblante triste y algo sorprendido. La muerte, como a todos, le había llegado en el momento inesperado.

Sintió que el estómago se le constriñó. ¿Qué era? ¿Pena por el caído?

«No merecía morir así». ¿Y por qué no? Él había visto morir a muchos buenos hombres y mujeres; hombres con hijos pequeños que dependían de ellos, con esposas que los necesitaban para cubrir las necesidades básicas. Hombres buenos, mujeres guerreras.

Hombres y mujeres valientes.

Hombres y mujeres honorables.

Aun así habían muerto en el campo de batalla. Algunos con el cráneo abierto por un hacha enemiga, otros atravesados por una flecha perdida, y unos más muertos por la culpa, estupidez o ignorancia de sus propios compañeros.

Los vio aullar. Los vio desangrarse. Los vio tirados con las entrañas de fuera. Los vio desmembrados, decapitados, violados, empalados.

¿Quién de ellos merecía morir así?

Recordó entonces una sentencia de uno de los Siete Libros:

«A las bestias y a los hombres sucede por igual: mueren los unos, mueren los otros. Vanidad es».

¿Quién, además de los asesinos y violadores, merecía una muerte como esa: violenta y triste?

Sin embargo, así posiblemente muera yo. En alguna esquina oscura y maloliente, acuchillado por la espalda por un enemigo desconocido, desangrándome lentamente mientras maldigo mi pobre y corta vida, mientras lamento el amor perdido y los años desperdiciados. Mientras lamento no poder cambiar el camino de la espada por una cama acompañada por mujer e hijos

Entonces otro pensamiento lo invadió:

Vengaré sus muertes. Vengaré sus muertes.

—Ese hijo del infierno nos lleva la delantera —dijo Arjen—. Está un paso adelante. Está jugando con nosotros, y va ganando.

—¿Qué haremos con los cuerpos?

—Déjamelos a mí.

—¿Se lo diremos al marqués?

—Roldán tiene razón. Si vamos y le decimos que fuimos emboscados y que su hijo y el pelirrojo murieron en combate, sospechará de nosotros. Mucho más si le ofrecemos la verdad: que su hijo era miembro de la Sociedad y facilitó el secuestro de sus hijas. ¿Piensas que nos creará?

—Nos colgará allí mismo, en su patio.

—Exactamente. No nos dejará salir con vida. Y nada nos salvará de su furia, ni siquiera la dama Gleani. Yo lo conozco. No es quien era, pero es feroz, es implacable, y no tiene piedad de quienes considera sus enemigos.

—Entonces..., ¿qué vamos a hacer?

—Lo que vamos a hacer es que iremos al cuartel, y allí pensaremos. Miraremos las piezas del tablero, y consideraremos bien la próxima movida. Si Eluvá nos es propicio, encontraremos con vida a la dama Vainán. Quizás así se apacigüe la ira del marqués.

—¿Pero no le diremos nada antes?

—Tendremos que decírselo, pero lo mejor será ir con un escuadrón. Solos no. Así no podrá atraparnos aunque quiera. Y después, encontraremos a la muchacha, viva o muerta.

—¿Cómo la hallaremos? No tenemos nada.

Tiene razón. No tenemos nada. ¡Nada!

—No lo sé. No lo sé, sargento. —Crujió los dientes—. Pero tenemos que detener al Heraldo, porque algo me dice que no parará.

—¿Y la Sociedad del Eclipse? Hasta hoy no pensé que existiera en realidad.

—Tampoco yo. Ya lidiaremos con eso. Primero encontremos al asesino. ¿Estás dispuesta?

Ella lo pensó un momento, pero no por mucho:

—Sí. Lo estoy.

—¿Estás segura? El asesino está cerca, alrededor de nosotros, como un monstruo marino listo para atacar la embarcación. Esto se volverá mucho más peligroso.

—Estoy segura. Quiero matar a ese maldito bastardo.

—::—

El Naret no llevaba tanta agua y cruzaron sin mucho problema por el puente «de los Carruajes». Llegaron al cuartel cuando atardecía.

Se dirigieron a la oficina del comandante, aunque solo entró Arjen. Alana esperó afuera.

El comandante Virlán Acklen escuchó con atención e hizo preguntas puntuales. Luego mandó despachar un escuadrón para encargarse de coleccionar los cuerpos.

—Habrá que informar al marqués sobre la muerte de su hijo —dijo el comandante.

—Lo haré yo —respondió Arjen—. Es mi responsabilidad. Es mejor que lo escuche de mí. Iré con mi escuadrón.

—Si lo que dices de la Sociedad del Eclipse es verdad, tendré que informar a mis superiores.

—Quizás al rey mismo.

—Me gustaría, pero no puedo saltarme la cadena de mando.

—¿Y si no le creen?

El comandante se encogió de hombros:

—Si eso sucede, ya veremos cuál es el próximo paso. Por ahora, sigue investigando y encuentra al asesino.

—Sí, mi comandante.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Sí. Quisiera solicitar la incorporación de la sargento Alana Verlán a los sabuesos del rey.

—Lo consideraré. Tomará un poco de tiempo, por la burocracia. Pero si crees que ella sería un buen elemento entre nosotros, confío plenamente en tu juicio.

—::—

El sol asomó entre las nubes grises y dejó de llover.

Alana regresó a su cuartel, con la instrucción de estar atenta a cualquier mensaje de parte de Arjen.

Cuando el capitán, hambriento, se dirigía hacia el refectorio, vio a la distancia que lo esperaban Zark, Traco, Amaret Etán y Eladán.

—¿Qué noticias del frente, capitán? —le preguntó el sargento segundo Zark Sedare.

Al llegar hasta donde estaban, les dijo:

—Mucho que reportar.

—Íbamos a salir a buscarlo en la tormenta —dijo Traco—, pero recordamos que usted ya es hombre grande y puede cuidarse por sí mismo.

Todos se rieron.

—Comamos, caballeros, que tenemos mucho que hacer hoy —les dijo.

Antes de que entraran al comedor, se acercó apresurado un cabo:

—Capitán Dabidji, mensaje urgente para usted. —Le tendió un sobre con sello.

—¿Sí? —dijo, ceñudo.

Sintió un escalofrío al ver que el sello tenía el símbolo del círculo con la línea oblicua.

Zark se acercó:

—¿No es ese el símbolo de...?

—Sí. De la Sociedad del Eclipse.

Traco maldijo.

Rompió el sello y leyó:

«No hay rincón donde puedas esconderte. Mis ojos están por toda la ciudad. Te di oportunidad de vivir. La desperdiciaste. Te arrancaré el corazón».

El capitán guardó el pedazo de papel, sacó tabaco y pipa, miró a sus hombres y dijo:

—Mucho que hacer, caballeros, mucho que hacer.

AL LECTOR

QUERIDO LECTOR:

La conclusión de esta historia la podrás leer en el quinto episodio de los sabuesos del rey, que se titula: «La sangre del heraldo».

Si esta saga de novelas cortas te ha gustado hasta ahora, ¿tendrás cinco minutos para reseñarla en línea? Ayudaría, y mucho. Los autores independientes no tenemos a nuestra disposición el mismo empuje editorial que gozan los libros tradicionales, por lo que una reseña sería un gesto sumamente apreciado.

Al momento que escribo estas líneas, estoy escribiendo el final de la próxima historia, es decir, del episodio cinco. ¡Prepárate para las sorpresas!

¿Nos vemos allí?

J. J. Villarreal

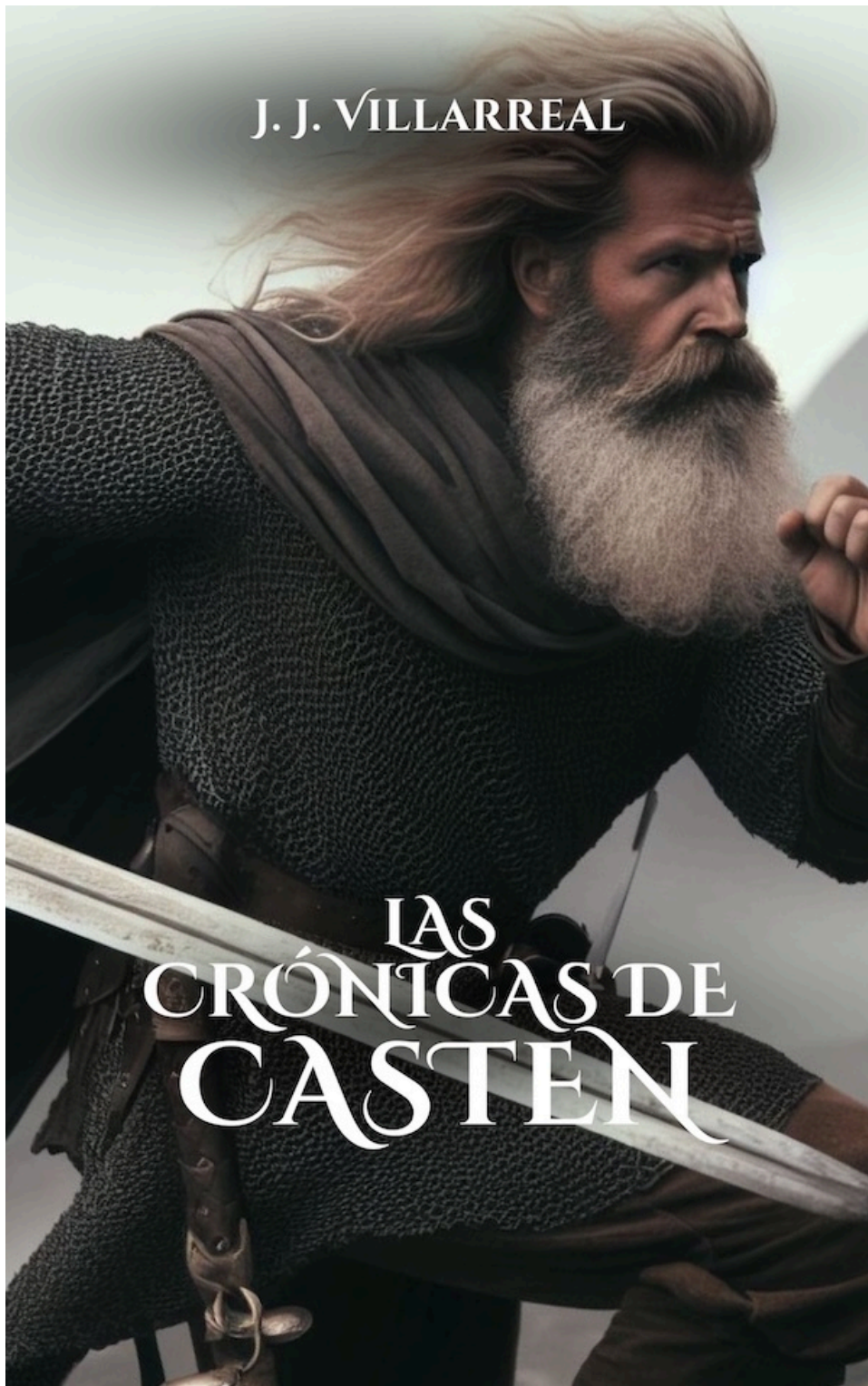
LIBRO GRATIS

RECIBE **GRATIS** MI novela *Las crónicas de Casten*, un libro de 300+ páginas.

Suscríbete a mi *newsletter* aquí y recíbelo hoy:
subscribepage.io/jjvillarreal

J. J. VILLARREAL

LAS
CRÓNICAS DE
CASTEN



PRÓXIMAMENTE

NO TE PIERDAS el próximo libro de la saga: *La sangre del heraldo*.

Disponible en Amazon y Kindle Unlimited en primavera 2026

A detailed illustration of a knight in profile, facing right. He has a dark beard and is wearing a dark, heavy cloak with a metal collar. He is holding a sword with a silver blade and a dark hilt. The background is a misty, rainy cityscape with tall, ornate buildings and spires. The overall tone is somber and atmospheric.

J. J. VILLARREAL

LA
SANGRE
DEL HERALDO

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal **Disponibles en Amazon y Kindle Unlimited**

Serie «Mercenaria»:

Mercenaria

Traidora

Asesina

Hereje

Justiciera

Serie «Guerrero dragón»:

El despertar del dragón

El guerrero dragón

La reliquia del dragón

La venganza del dragón

La resurrección del dragón

Serie «Las crónicas de Casten»:

Las crónicas de Casten

El amuleto

El agorero

Serie «Los sabuesos del rey»:

La justicia del rey

La muerte de la atalaya

La venganza del adivino

El terror del mago

La sangre del heraldo

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Notes

- [1.](#) El escudo de plata representa el salario aproximado de un día de trabajo para un jornalero en Tresden.
 - [2.](#) Una vara equivale aproximadamente a 1.5 m.
-